gilles deleuze
félix guattari

política y psicoanálisis

traducción: raymundo mier

POLÍTICA Y PSICOANÁLISIS
Título original: *Politique et psychanalyse*

Portada: Cuauhtémoc Vallejo
© 1977: Des Mots Perdus éd.
© 1980 de la traducción al español:
Editorial Terra Nova, S. A.
San Francisco 1539, México 12, D. F.
Primera edición
Reservados todos los derechos.
ISBN
Impreso y hecho en México/Printed and made in Mexico

1977

índice

PSICOANÁLISIS Y POLÍTICA. *Félix Guattari* 9

CUATRO PROPOSICIONES SOBRE EL PSICOANÁLISIS. *Gilles Deleuze* 27

LA INTERPRETACIÓN DE LOS ENUNCIADOS. *Gilles Deleuze, Félix Guattari, Claire Parnet, André Scala* 39

EL LUGAR DEL SIGNIFICANTE EN LA INSTITUCIÓN. *Félix Guattari* 61

psicoanálisis y política

félix guattari

La cuestión que se ha planteado al movimiento obrero revolucionario es la de un desfasamiento entre:

– Las relaciones de fuerza aparentes en el nivel de la lucha de clases.

– La carga deseante real de las masas.

El capitalismo explota la fuerza de trabajo de la clase obrera, manipula para su beneficio los soportes de la producción, pero se insinúa igualmente en la economía deseante de los explotados. La lucha revolucionaria no podría circunscribirse solamente al nivel de las relaciones de fuerza aparentes. Debe desarrollarse igualmente en todos los niveles de la economía deseante que están contaminados por el capitalismo (en el nivel del individuo, de la pareja, de la familia, de la escuela, del grupo militante, de la locura, de las prisiones, de la homosexualidad, etc.).

Los objetos y los métodos de lucha son diferentes para cada uno de estos niveles. Los objetivos del género "el pan, la paz, la libertad . . ." requieren la existencia de organismos políticos que se inserten en el campo de las relaciones de fuerza, reagrupando por consiguiente estas fuerzas, constituyendo bloques. Estas organizaciones deben ser "representativas", coordinar las luchas, proponerles una estrategia y una táctica. En tanto que la lucha contra el fascismo *microscópico*, aquel que se instaura en el seno de las máquinas deseantes, no podría recurrir a la intermediación de "delegados", de "representantes", de bloques identificados de una vez por todas. Aquí, el

"enemigo" cambia de rostro: es posible que llegue a ser el aliado, el camarada, el responsable, o bien uno mismo. Nunca se puede tener la seguridad de que en uno u otro momento no cederemos ante una política burocrática o de prestigio, una interpretación paranoica o una complicidad inconsciente con los valores establecidos, una interiorización de la represión.

Estas dos luchas pueden no ser mutuamente excluyentes:

—La lucha de clases, la lucha revolucionaria de liberación, requiere la existencia de *máquinas de guerra* capaces de oponerse a las fuerzas opresivas, para lo cual es preciso el funcionamiento de cierto centralismo o, por lo menos, un mínimo de coordinación.

—La lucha en el frente del deseo requiere un análisis permanente, una *subversión de todos los poderes* en todos los niveles.

¿No es absurdo esperar el derrumbe del poder de la burguesía mediante su sustitución por una estructura que reconstituye la *forma* de ese poder? La lucha de clases en Rusia, en China, etc., nos ha mostrado que todavía después del derrumbe del poder de la burguesía, la forma de ese poder puede reproducirse en el Estado, en la familia, hasta en las filas de la revolución. ¿Cómo impedir que un poder centralizado y burocrático se superponga a la necesaria coordinación implicada en la existencia de una máquina de guerra revolucionaria? En el nivel global, la lucha implica etapas, intermediaciones. Lo que en principio se requiere en el nivel microscópico, es una liquidación inmediata del poder de la burguesía, en la medida en que ese poder lo encarnan el burócrata, el líder o el militante.

El centralismo burocrático ha adquirido su título de permanencia en el movimiento obrero a partir del modelo centralista del capital. El capital controla, sobrecodifica la producción, dominando los flujos monetarios y ejerciendo un poder de coerción en el marco de las relaciones de producción del capitalismo monopolista de Estado. El mismo género de problemas se plantea con el socialismo burocrático. Pero la producción real no tiene ninguna necesidad de esta especie de

sobrecodificación que, por el contrario, no hace sino obstaculizarla. Las más grandes máquinas productivas de las sociedades industriales podrían muy bien prescindir del centralismo. Está claro que otra concepción de las relaciones entre producción, distribución y consumo conduciría al estallamiento de los poderes jerárquicos y despóticos inherentes a las relaciones de producción actuales, y liberaría en particular la capacidad de innovación de los trabajadores. El fundamento del centralismo no es pues económico sino político. El centralismo en el movimiento obrero desemboca en el mismo género de esterilización. ¡Es necesario admitir que las luchas más eficaces y las más amplias podrían ser coordinadas al margen de los estados mayores burocráticos! Pero con la condición de que la economía deseante de los trabajadores sea liberada de su contaminación por la subjetividad burguesa, que hace de ellos los cómplices inconscientes de la tecnocracia capitalista y de la burocracia del movimiento obrero.

Sería conveniente, a este respecto, negarse a caer en la alternativa simplista entre:

—el centralismo "democrático".

—el anarquismo, el espontaneísmo.

Ciertamente, los movimientos marginales, las comunidades, no tienen nada que ganar si se hunden en el mito de un retorno a la era pre-tecnológica. Deben, por el contrario, afrontar la sociedad real, las relaciones sexuales, las relaciones familiares reales, etc. Pero es necesario reconocer que, por su parte, el movimiento obrero organizado se ha negado, hasta el presente, a ocuparse seriamente de su propia contaminación por el poder burgués, de su propia polución interna. Y ninguna ciencia constituida podría, en la actualidad, prestarle ayuda en esta vía; ni la sociología, ni la psico-sociología, ni la psicología, y menos aún el psicoanálisis, han asumido el relevo del marxismo en este dominio.

El psicoanálisis, bajo la apariencia de una ciencia, propone como normas insuperables los procedimientos mismos de la subjetividad burguesa, a saber: el mito de una castración necesaria, la sumisión al triángulo edípico, una interpretación

significante de toda situación que tiende a separarla de sus implicaciones sociales reales.

PREGUNTA: Quisiera simplemente preguntarle si el discurso que usted formula sobre la utilización del análisis en el campo social implica que mantiene una actitud negativa con respecto al progreso técnico y a las formas de evolución social que de ello se desprenden.

No. Evoqué simplemente una posible liquidación del centralismo tecnocrático de la producción capitalista, a partir de otra concepción de las relaciones entre la producción, la distribución y el consumo, por una parte; y entre la producción, la investigación y la formación, por otra. Es algo que tendería evidentemente a cambiar en su totalidad los modos de relación con el trabajo, en particular la escisión entre el trabajo reconocido socialmente como útil (reconocido socialmente como útil por el capitalismo, por la clase dominante) y el trabajo "inútil" del deseo. El conjunto de la producción, la producción tanto de valor mercantil como la de valor de uso, la producción individual así como la colectiva, es tomado bajo la tutela de una organización que se impone un cierto modo de división social del trabajo. Y es evidente que una liquidación del centralismo capitalista acarrearía, a su vez, una modificación profunda de las técnicas de producción. Se pueden concebir otras relaciones de producción en el contexto de una industria altamente desarrollada, o de la informática, etc., y que no sean antagonistas de una producción deseante (artística, onírica, etc.). En otras palabras, la cuestión que se ha planteado es saber si es posible o no salir de la oposición exclusiva entre valor de uso y valor de cambio.

La alternativa que consiste en decir "rechacemos toda forma desarrollada de producción, es preciso regresar a la naturaleza..." no hace sino reproducir la ruptura entre los diferentes campos de producción: la producción deseante y la producción social reconocida como útil.

La relación entre los individuos, los grupos y las clases es

algo que está ligado a la manipulación de los individuos por el sistema capitalista. Estos individuos son fabricados por él para responder a los imperativos de su modo de producción. La idea de que, en principio, en la base de la sociedad estarían los individuos, los grupos de individuos bajo la forma de familia, etc., es producida para las necesidades del sistema capitalista. Todo aquello que se constituye, en el estudio de las ciencias humanas, alrededor del individuo como objeto privilegiado, no hace sino reproducir la separación entre el individuo y el campo social. Desde el momento en que se quiere estudiar un proceso social, trátese del habla, de la locura o cualquier cosa que tenga que ver con un proceso de producción deseante real, la dificultad que surge es que nada tiene esto que ver con individuos. Mientras la lingüística, por ejemplo, se ha contentado con definir su objeto en términos de comunicación entre los individuos, ha omitido completamente las funciones de integración y de coerción social de la lengua. La lingüística comienza a desembarazarse de la ideología burguesa solamente con el estudio de los problemas planteados por la connotación, el contexto, lo implícito, etc., y todo lo que el lenguaje lleva a cabo más allá de una relación abstracta entre los individuos. Un grupo, una clase, no están constituidos por individuos; es el dominio de las relaciones de producción capitalistas sobre el campo social del deseo lo que produce un flujo de individuos descodificados, como condición de captación de la fuerza de trabajo.

PREGUNTA: Usted sugiere la posibilidad que existe para un partido revolucionario de no funcionar como un embrión de aparato de Estado, sino como un germen de máquina de guerra. ¿Cómo lograr que un analizador colectivo no se convierta en una simple síntesis de intereses, cómo lograr que una máquina de guerra no reproduzca el aparato de Estado? Según usted, ¿hubo una fractura real en mayo de 68 en Francia?

Si hubiera existido una fractura real, un corte real en la corriente revolucionaria francesa, desde el punto de vista de

esta economía del deseo, pienso que sería algo ya sabido. Es decir, que ello tendría consecuencias políticas y sociales considerables. Desde el desplome del estalinismo, desde el momento en que una parte notable de la juventud obrera y estudiantil se desprendió parcialmente de los modelos militantes tradicionales, hay, no una fractura importante, sino pequeñas irrupciones deseantes, pequeñas rupturas del sistema despótico de las organizaciones representativas. La fractura de mayo del 68 en Francia ha sido recuperada al cabo de algunas semanas, se podría incluso decir que después de dos semanas. Esto no impide que haya tenido consecuencias extremadamente profundas y que continúe haciéndose sentir en distintos niveles. No puede ya sentirse en el nivel del país en su totalidad, como en mayo del 68, pero persiste bajo la forma de una infiltración en toda clase de medios. Una nueva visión, un nuevo abordaje de los problemas militantes comienza a abrirse paso. En mayo del 68 habría sido inconcebible considerar, por ejemplo, que la lucha en favor de los prisioneros del derecho común tuviera un determinado sentido político, y habría sido inconcebible preveer que los homosexuales pudieran manifestarse en la calle para defender su particular posición con respecto al deseo. La lucha de liberación de las mujeres, la lucha contra la represión psiquiátrica, etc., han cambiado completamente de sentido y de método. Los problemas pues se plantean de otro modo, pero sin que haya habido realmente una "fractura"; esto es debido a la ausencia de una gran máquina revolucionaria. Cierto número de representaciones dominantes continúan ocasionando daños en el seno de los propios grupos revolucionarios. Estos han emprendido la crítica del burocratismo de los sindicatos, de los partidos; han puesto en duda parcialmente el principio de la "delegación del poder" al partido de vanguardia, así como el sistema de la "correa de transmisión" entre las masas y el partido, etc. Pero continúan prisioneros de muchos prejuicios de la moral burguesa y de las actitudes represivas con respecto al deseo. Es esto tal vez lo que explica que en mayo del 68 no haya habido una contestación al psicoanálisis como ocurrió

en el caso de la psiquiatría. El psicoanálisis ha conservado cierta autoridad en la medida en que cierto número de prejuicios psicoanalíticos han sido asumidos por el movimiento.

La verdadera fractura no ocurrirá sino en el momento en que se deje de considerar que no se trata en este caso de problemas menores, sino que la cuestión del deseo, la cuestión de la actitud burocrática de los militantes, su actitud represiva con respecto a su mujer, a sus hijos, etc., su desconocimiento del problema de la fatiga, de la neurosis, del delirio —es muy corriente el negarse a comprender a un militante que revienta; se considera acabado a un militante que tiene miedo frente a la policía, se le destroza—, todos estos fenómenos deben merecer una consideración central en la actividad política, asignándoseles una importancia tan grande como a cualquier otra tarea de organización, cualquiera que ésta sea, tan importante como enfrentar al poder burgués, al patrón, a la policía... La lucha debe ser llevada hasta nuestras propias filas, contra nuestra propia policía interior. No se trata de un frente secundario, como ciertos maoístas lo consideran, o de una lucha complementaria, de una lucha marginal. Mientras se mantenga la dicotomía entre la lucha en el frente de clase y la lucha en el frente del deseo todas las recuperaciones son posibles. Es deplorable que después de mayo del 68 los movimientos revolucionarios no hayan comprendido la importancia de la falla que se reveló con la lucha estudiantil. De un solo golpe, estudiantes y jóvenes trabajadores "olvidaron" el respeto del saber y del poder de los profesores, de los capataces, de los responsables, etc. Rompieron con cierta forma de sensatez del pasado y abrieron una nueva vía. Y bien, todo esto fue cargado a la cuenta del espontaneísmo, forma transitoria de la expresión que debía ser superada por formas centralizadas de organización. El deseo surgió entre las masas: se le dio su lugar. No se consideró que este era el objetivo permanente de todas las luchas económicas y políticas.

Cuando se trata de marxismo y de freudismo, lo que se presenta ante nosotros es un cierto tratamiento de los textos de Freud y de los textos de Marx. Considerados en ese plano,

el freudismo debe ser calificado como profundamente reaccionario por las posiciones que toma frente a lo social y por todos los análisis que conciernen a la relación entre el individuo y la familia, mientras que el propio marxismo muestra aún una gran insuficiencia en lo que respecta a la determinación de lo que he llamado una política del deseo.

Esto no quiere decir que ya no se tenga nada que hacer con los textos de Freud y de Marx.

La cuestión es saber qué uso se hará de ellos. Hay, como para cualquier enunciado, dos tipos de usos posibles, creo yo. Un uso que se servirá del texto en su calidad de punto de referencia para el esclarecimiento de las conexiones sociales reales: el encadenamiento de las luchas; y un uso que tenderá a rebajar, a reducir, la realidad al texto.

Estoy de acuerdo con la intervención del camarada que hace un momento subrayó el aspecto, finalmente muy dogmático, de una serie de exposiciones acerca de la relación entre marxismo y freudismo.

Pienso que no será posible salir de este atolladero sino expresándose sin reticencias respecto a la realidad de las luchas, pero de las luchas efectivas. ¿Cuál es la posición, por ejemplo, de Jervis en el momento actual en relación con el Partido Comunista Italiano, respecto de las diferentes tendencias del movimiento revolucionario y las distintas corrientes que existen ahí donde lleva a cabo su trabajo? ¡De eso no nos habla! Vayamos aún más lejos: ¿cuál es la política que él lleva hasta el seno de su unidad de trabajo, al seno de su entorno familiar, etc.? ¿Será posible esclarecer los problemas políticos reales tanto en el plano de la lucha social como en el plano del deseo? ¡Mientras se mantenga la distinción entre vida privada y vida pública, nunca se saldrá de ahí!

Esclarecer los compromisos políticos, los compromisos de clase, si esto no constituye sólo una forma de refugiarse en el discurso, se convierte en sinónimo de hablar de ellos en el nivel de la práctica más inmediata, se trate de una práctica de militantes, de una práctica de médicos o de una práctica familiar, conyugal, etc.

Sería tal vez concebible empezar a hablar seriamente, en un marco diferente de éste, acerca de las relaciones entre una política del deseo y una política revolucionaria, pero solamente a partir del momento en que se pongan las cosas "sobre la mesa" o, como se dice en francés: *les pieds dans le plat.*

Me ha interesado mucho el debate de hoy. Me da la impresión de estar situado más cerca de las realidades políticas de Italia. Me llamó particularmente la atención la última intervención, y me gustaría recoger algo que se ha dicho y que no me parece en absoluto obvio: esta idea, en suma, de que el dilema se formularía en términos de una política de "la alternativa psiquiátrica" (reformista) o de una política psiquiátrica que sería de principio revolucionaria. Se tendrían entonces dos campos: en un lado se podría ubicar a Jervis y, tal vez, a Valtouchi; en el otro, por ejemplo, al S.P.K.

Parece ser que el problema, desgraciadamente, no es tan simple. La lucha que se confronta, desde el momento en que se quiere pensar una política del deseo, no se circunscribe ya a un solo frente, a un solo enfrentamiento entre el capitalismo y la clase obrera. Creo que hay una multitud de frentes en la medida en que la clase obrera y las organizaciones del movimiento obrero están contaminadas por la subjetividad de las clases dominantes. No basta "ir a los obreros" y hacer referencia a los clásicos para salir de la represión burguesa en el frente del deseo. En este sentido no puedo asimilar, como lo ha hecho Jervis, los intereses objetivos de los trabajadores, con su deseo. Los intereses de la clase obrera americana, por ejemplo, pueden ser objetivamente fascistizantes desde el punto de vista de una política del deseo. La lucha sindical de defensa de los intereses, por legítima que sea, puede ser también perfectamente represiva respecto del deseo de toda una serie de grupos sociales, de minorías étnicas, sexuales, etc. Creo pues que es preciso no hacerse ilusiones acerca de una alianza política entre una corriente psicoanalítica de vanguardia, que creería haberse liberado de la represión psiquiátrica, y las organizaciones actuales de la clase obrera. No se sale del hospital psiquiátrico cuando se va hacia la clase obrera: se entra

en otro tipo de hospital psiquiátrico. Milité durante más de diez años en el Partido Comunista Francés: ¡también era un hospital psiquiátrico! ¡Desde el punto de vista del deseo, cuando se quiere apreciar una posición revolucionaria real, creo que no se debe confiar solamente en las palabras, las declaraciones y los textos!

Los textos teóricos del S.P.K. son particularmente dogmáticos y, sin embargo, la política del S.P.K. me parece fundamentalmente revolucionaria. La *práctica* del S.P.K. puede esclarecer lo que podría ser una verdadera política de sector considerada como política de masas, definida a partir de un desarrollo del deseo colectivo.

Quiero decir que, en un principio, el S.P.K. –que por otra parte no existía como tal– no partió de un programa dogmático que especificara lo que debía ser la lucha; es en el curso de la lucha donde surgieron cargas sucesivas de deseo que han hecho más precisos los objetivos y los métodos de combate.

La política del S.P.K. hubiera podido ser, asimismo, una política de "alternativa psiquiátrica": no una alternativa de compromisos reformistas, sino una alternativa fundada en una relación de fuerza.

Actualmente, en Nueva York, en un barrio muy pobre, el South Bronx, los movimientos negro y portorriqueño administran un servicio de desintoxicación en el Lincoln Hospital. El movimiento popular ha tomado bajo su responsabilidad la lucha contra la droga. Es también una especie de política de alternativa, ya que reemplaza, aunque parezca imposible, el programa del gobernador del Estado de Nueva York sobre la droga. Los médicos no entran en el servicio, se mantienen a la entrada: se les convoca para solicitarles consejos técnicos. El servicio tiene su propia policía y si el gobierno no lo cierra ni lo prohíbe, llegando aun a subvencionarlo, es porque está apoyado en los movimientos negro y portorriqueño de los *gangs* populares del barrio. Una política alternativa es pues posible si se apoya sobre luchas revolucionarias reales. E inversamente, puede ser una ilusión el querer politizar la psiquia-

tría si la política a la que uno se dirige permanece contaminada por el reformismo y la represión contra el deseo.

El psicoanálisis puede volverse un corderito, puede transformarse en psicoanálisis popular; no por ello quedará menos marcado por la formación de casta que han recibido los psicoanalistas. La esencia del psicoanálisis sigue siendo el psicoanálisis didáctico, la iniciación a la casta psicoanalítica. Hasta cuando el psicoanálisis "va al pueblo", continúa participando de su casta. Aun cuando no haga propaganda de su concepción de la relación entre el deseo y la sociedad, continúa reproduciendo en su práctica la misma política represiva. El problema no es que el psicoanálisis tenga o no falsas ideas, sino que su práctica reproduce la esencia de la subjetividad burguesa. Un señor que se sienta a escuchar lo que le dices, pero que toma una distancia sistemática en relación con aquello que se está diciendo, no tiene ninguna necesidad de tratar de imponer sus ideas: crea una distancia, crea una relación de fuerza que arrastra la carga deseante fuera del campo social. Esta posición no corresponde al psicoanalista en particular; está simplemente más acentuada en él que en las otras profesiones encuadradas en el campo social: la del maestro en su estrado, la del capataz que observa desde su pequeña vidriera, la del militar de carrera, la del policía, la del psicólogo con sus *tests,* la del psiquiatra en su asilo, etc. Toda ésta es por supuesto buena gente. Hacen todo lo que pueden por ayudar a la gente y sin embargo, a pesar de su buena voluntad, contribuyen a su manera a reducir a los individuos a la soledad, a aplastar sus deseos. En verdad, se trata de mejorar, de reformar las cosas; se buscará evitar, por ejemplo, con los métodos de la pedagogía moderna, que el niño se sienta perdido en la clase, muerto de miedo ante el maestro. El psicoanalista también se esfuerza por proceder de una manera afable y simulada. Neutraliza todos los enunciados que le son presentados, los vacía de sustancia, difunde una especie de droga subjetiva. ¿Y cómo hacerle reproches? Si se niega la condena a la droga de los *junkies,* ¿por qué se condenará la droga de la gente que recurre al psicoanálisis? Ese

no es el problema. Cada uno hace lo que puede en su rincón, y cada uno, a su medida, asume el papel de policía: como padre de familia, como falócrata en la pareja, como niño tirano, etc. Nuestro problema no es condenar la práctica de unos y otros. Cada uno hace lo que puede. El problema es evitar que el movimiento obrero se contamine con la ideología y los modos de subjetividad del poder burgués.

Que haya algunos que se orienten hacia un "psicoanálisis para el pueblo" no es en sí demasiado grave. Lo que es grave es que la organización del movimiento obrero: los partidos, los sindicatos, los grupúsculos, se comporten a su manera como maestros, como psicoanalistas y, a fin de cuentas, como policías. Las luchas de reivindicación no podrían resolverlo todo. La clase obrera es la primera víctima de las técnicas capitalistas de abatimiento del deseo. Existe el problema de la angustia de la clase obrera, y este problema escapa a una regulación a partir del recurso a una droga, bajo una forma u otra (el deporte, la tele, la mística del partido, etc.). La única manera de avanzar en este dominio es que la organización del movimiento obrero asuma por sí misma la cuestión de la liberación del deseo, prescindiendo para esto del psicoanálisis, sin que se haga psicoanalista él mismo, sin que recurra a los mismos procedimientos reductores y alienantes.

No sé qué postura tomar en mi intervención porque encuentro que mis palabras, aquí, se encuentran entrampadas. Tengo el sentimiento de que cada vez que se podría estudiar un problema real, es decir, que involucre a la gente que está presente en esta sala, el lenguaje se cierra de inmediato sobre sí mismo, se totaliza en teorías constituidas. A partir de entonces, seguramente se vuelve imposible conjuntar entre ellas estas grandes estructuras. Es en este momento cuando me pregunto si en realidad las gentes que se proclaman partidarias del freudismo o del marxismo se sirven de esto verdaderamente tal y como dicen. ¡En mi práctica cotidiana yo no me sirvo del freudismo o el marxismo y menos aún del Antiedipo!

Me parece que sería útil que cuando un grupo discuta

aquí, trate de utilizar en forma diferente las palabras y las referencias a los textos escritos. Sería necesario partir siempre de cero, olvidar las totalizaciones teóricas. En algunos momentos se tiene la necesidad de asirse a tal o cual idea, a tal o cual concepto, y después, en otro momento, conviene olvidarlos completamente. Reflexionemos un instante en la recolección particular realizada por Marx para elaborar sus conceptos y la hecha por Freud para constituir sus tópicos. Una de las grandes cualidades de Freud es haber renunciado con frecuencia a sus elaboraciones teóricas. Su más grande error fue no haberlo hecho lo radicalmente que era preciso y haber buscado hacer del psicoanálisis una ciencia más que una política. Creo que es absolutamente necesario negarse a calificar al marxismo y al freudismo como ciencias.

Dicho esto, quisiera regresar a la pulsión de muerte. La política del Edipo consiste siempre en referirlo todo a ciertos sistemas de representación fundados, en apariencia, sobre un triángulo. Digo que en apariencia porque el sistema funciona mucho más mediante articulaciones binarias y tiene, incluso, una vocación constante de abolirse en un término único. Toda una serie de nociones ambiguas, ambivalentes, habría contribuido a lograr que el freudismo funcionase de otra forma y no como una lógica cerrada sobre sí misma. Los descubrimientos esenciales del freudismo, como el inconsciente, los métodos del psicoanálisis que habían conducido a dar libremente la palabra, por ejemplo, a la histeria, provocaron un escándalo en su tiempo. Representaban una ruptura importante en la lógica de la época. Pero toda la historia del psicoanálisis ha consistido en operar una clausura sobre sus descubrimientos y ha llevado a un desconocimiento de la lógica específica del deseo. No volveré a recorrer ahora la historia de esta clausura que es, además, la historia del psicoanálisis en su totalidad y cuya prolongación encontramos hoy en las formulaciones estructuralistas.

El inconsciente no es dialéctico. Ignora tanto la negación como la negación de la negación. El inconsciente es pura positividad, es una lógica de flujos y de intensidades que no es-

tán determinadas, controladas, por la representación. Pero las intensidades del sueño, por ejemplo, son traducidas por el psicoanálisis a múltiples niveles de representaciones: de esta manera, el nivel manifiesto es reescrito en términos de estructura profunda mediante la técnica de las asociaciones libres. Los dos sistemas de representaciones se encuentran superpuestos uno al otro. Se tiene un sistema de lectura inocente, y un sistema de lectura edípico que logra controlar mejor aún que el primero las líneas de fuga del deseo. El desciframiento *(décryptage)* psicoanalítico consiste, a fin de cuentas, en hacer coherente el sueño a partir de las coordenadas sociales edípicas. Tomemos otro ejemplo tal vez más sencillo: un niño amenaza a su pequeño hermano, le dice: "Bautista, voy a cortarte la cabeza". De hecho, nada en este enunciado permite atribuir este Yo a la totalidad del niño y Bautista a la totalidad de su hermano. Si cristalizamos este enunciado, si se lo vuelve atributivo, el niño se convierte en responsable del acto, aparece como el asesino potencial de su hermano. ¿Pero era realmente a su hermano, como persona tal y como es considerada dentro de las coordenadas familiares, a lo que se apuntaba? Por supuesto que las intensidades deseantes encuentran inevitablemente los sistemas de representación en vigor, pero dos direcciones, dos políticas, son posibles a partir de este encuentro. Una es que se utilice a las palabras como cosas, poniéndolas al servicio de las intensidades de cualquier naturaleza; el pequeño niño dice: "voy a arrancar la cabeza a mi hermano", pero en seguida prosigue con cualquier otra cosa muy diferente: le gustaría ir con él a la luna; es posible darse cuenta de que odia a su hermano, pero que al mismo tiempo lo ama; en resumen, que no sabe lo que quiere, que es polimorfo, ambivalente. ¿Pero debe considerárselo por eso como perverso? ¿Arrancar la cabeza a su muñeca, tener ganas de acariciar el vientre de la madre son cosas que tienen realmente que ver con objetos completos? ¿Involucra esto una responsabilidad del niño como tal? ¿Concierne esto, por ejemplo, al valor económico de la muñeca? Es ésta una política que reduce las cosas a las palabras de la ley. Se co-

difican los enunciados: el niño *quiere* matar a su hermano, desea a su madre, es responsable, es un criminal, un incestuoso; lo sepa o no, su comportamiento procede de la ley. De esta manera, todos los polos: el niño, el hermano, la madre, han cristalizado en el campo de la representación. Si se dice al niño: "has arrancado la cabeza de tu muñeca, era un regalo que nos había costado caro y lo sabes muy bien", se le hace entrar a la fuerza en el circuito de los valores económicos y, poco a poco, todos sus objetos estarán referidos a las categorías de la realidad dominante, del orden dominante. Toda la realidad es aprehendida entonces a partir del campo de valor binario: el bien/el mal, el rico/el pobre, lo útil/lo inútil. Ahora bien, el inconsciente no conoce estas categorías binarias, no conoce ni el amor ni el odio; para él todo es posible y los enunciados pueden partir al mismo tiempo en diferentes direcciones a la vez. Toda la genética psicoanalítica lleva a considerar que mientras un sujeto no se encuentra sometido a este sistema dicotómico y maniqueísta no es normal. ¡Hay que hacer caca en los excusados y no afuera; si no, está mal!

Fue desde el comienzo cuando el psicoanálisis condenó el deseo inconsciente. El inconsciente se presenta como algo bestial, peligroso, que sería necesario domar. Todas las formulaciones sucesivas de Freud no han adoptado jamás otra posición. La energía libidinal debe convertirse en el sistema maniqueísta de los valores dominantes, debe cargar las representaciones normales. No es cuestión de sentir placer haciendo caca en la propia cama sino desencadenar una carga culpable.

De las intensidades polívocas se ha pasado así a una carga de valores sociales punitivos.

El triángulo edípico representa entonces una especie de salvaguarda contra esta pulsión de muerte del deseo que lo conduce, como a su pesar, hacia esta perversión binaria maniqueísta.

El esquema de Edipo ha sido construido contra el narcisismo, contra las identificaciones mortíferas. La pulsión de muerte se constituye desde el momento en que se ha abando-

nado el terreno de las intensidades deseantes sustituyéndolo por el de la representación. El triángulo edípico es una tentativa siempre frustrada de impedir la caída en la pulsión de muerte. En efecto, el triángulo edípico no funciona como verdadero triángulo porque la muerte amenaza cada uno de sus lados: la relación entre el niño y el padre es mortal, el niño quiere asesinar al padre, el padre matar al hijo. Es el fantasma de Edipo o el de "pegar a un niño". La relación entre el padre y la madre es peligrosa, pone en juego algo de lo cual no tenemos la clave, algo indominable: "la escena primitiva". La relación entre la madre y el hijo se abre directamente sobre el "hundimiento narcisista" (anexorias, etc.). Si los psicoanalistas se aferran con razón al Edipo, es porque tienen que hacer frente al desencadenamiento de la pulsión de muerte. Pero una política completamente diferente llevaría a considerar que esta pulsión de muerte no es una cosa en sí y que está ligada a cierta manera de plantear el problema del deseo en la sociedad. El deseo no conoce la muerte, no conoce la negación. La negación está siempre ligada a la posición de un sujeto, de un objeto y de un referente. El deseo, como pura intensidad, no conoce ni sujeto ni objeto, es flujo e intensidad. El sujeto está siempre ligado a un sistema de representación que coloca la líbido bajo la dependencia de la máquina capitalista y la reduce a funcionar en términos de comunicación, de binarismo, de pulsión de muerte. El campo social no está constituido por objetos que preexisten a él. El individuo, atrapado en los sistemas bipolares de tipo hombre/mujer, niño/adulto, genital/pregenital, es ya el resultado de un abatimiento edípico del deseo sobre la representación, la enunciación individuada del deseo de castración. Es muy diferente la idea de un dispositivo colectivo, de una carga colectiva de la líbido sobre las partes del cuerpo, sobre grupos de individuos, constelaciones de objetos y de intensidades, sobre máquinas de todas clases, que harían salir al deseo de esta oscilación entre el triángulo edípico y su hundimiento en la pulsión de muerte, para conectarlos a multiplicidades siempre más grandes, siempre más abiertas al campo social.

cuatro proposiciones sobre el psicoanálisis

gilles deleuze

Permítaseme presentar solamente cuatro proposiciones que conciernen al psicoanálisis.

La primera es ésta: cómo *el psicoanálisis impide toda producción de deseo.* El psicoanálisis es inseparable de un peligro político que le es propio y que se distingue de la amenaza que circunda implícitamente el viejo hospital psiquiátrico. Este constituye un lugar de reclusión localizado. De alguna manera, el psicoanalista tiene la posición del mercader en la sociedad feudal según Marx: funciona en los poros libres de la sociedad, no solamente en el nivel del gabinete privado, sino en el nivel de las escuelas, las instituciones, la sectorialización, etc. Este funcionamiento nos coloca en una situación singular con respecto a la empresa psicoanalítica. El hecho es que el psicoanálisis nos habla mucho del inconsciente; pero de alguna forma, es siempre para reducirlo, destruirlo, conjurarlo. El inconsciente es concebido como una contraconsciencia, un negativo, un parasitaje de la conciencia. Es el enemigo. *Wo es war, soll ich werden.* Se ha traducido: "ahí donde ello era, ahí como sujeto debo advenir" —ello no cambia nada, incluido el *soll,* ese extraño "deber en sentido moral"—. Lo que el psicoanálisis llama producción o formación del inconsciente, está constituido siempre por fracasos, conflictos imbéciles, compromisos débiles o burdos juegos de palabras. Cuando ello triunfa, se trata de sublimación, de la desexualización, del pensamiento; pero, lo que es más importante, en ninguna ocasión se tratará del deseo —el enemigo

que anida en el corazón del inconsciente—. Deseos, siempre tenemos demasiados: perversos, polimorfos. Se nos hará conocer la Falta, la Cultura, la Ley, es decir, la reducción y la abolición del deseo.

No se trata de teoría, sino del famoso arte práctico del psicoanálisis: el arte de interpretar. Interpretar, hacer regresar, regresar. Entre las páginas más grotescas de Freud hay algunas acerca de la *fellatio:* cómo el pene, aquí, vale por una ubre de vaca y la ubre de vaca por el seno materno. En otros términos, la *fellatio* es cuando no se tiene vaca a la mano o cuando no se tiene ya la madre, o cuando ella ya no tiene leche. Es una forma de demostrar que la *fellatio* no es un verdadero deseo sino que quiere decir otra cosa, esconde otra cosa, esconde otro deseo. Lo que ocurre es que, a ese respecto, el psicoanálisis dispone de una red perfecta: los verdaderos contenidos del deseo serían las pulsiones parciales infantiles; la verdadera expresión del deseo sería Edipo (para estructurar "el todo"). Desde el momento en que el deseo *dispone* algo en relación con una Exterioridad, con un Devenir, se desmonta el dispositivo, se lo fragmenta, se muestra que, por una parte, remite a un mecanismo parcial de la niñez y, por otra parte, a una estructura global de Edipo. Es lo mismo para la *fellatio*: pulsión oral de chupetear el seno más accidente estructural edípico. Ocurre igual respecto a la homosexualidad, la bestialidad, el masoquismo, el voyeurismo y hasta la masturbación: ¿no le da vergüenza hacerse el niño de esa manera?, ¿no le apena hacer tal uso de Edipo? Antes del psicoanálisis se hablaba de la repugnante manía del viejo, después se hablará de actividad perversa infantil. Ello viene a ser lo mismo. Se trata siempre de distinguir los deseos verdaderos y los falsos, se trata siempre de fragmentar los dispositivos maquínicos del deseo.

Nosotros, por el contrario, decimos: el inconsciente no se tiene, nunca se lo tiene, no es un "era" en cuyo lugar el "Yo" debe advenir. Es necesario invertir la fórmula de Freud, el inconsciente se *debe* producir: prodúzcalo o quédese con sus síntomas, su yo, su psicoanálisis. Cada uno trabaja y fabrica

con el pedazo de placenta que ha robado y que no deja de serle contemporáneo como medio de experimentación, sin depender de huevos, genitores, interpretaciones y regresiones que determinen nuestro enlace. Es preciso producir el inconsciente, y eso no es fácil, no importa dónde, no con un *lapsus* ni un chiste, ni siquiera con un sueño. El inconsciente, es una sustancia que se ha de fabricar, situar, hacer correr, un espacio social y político por conquistar. Una revolución es una formidable producción de inconsciente, y no hay muchas otras: ello nada tiene que ver con un *lapsus* o con un acto fallido. El inconsciente no es un sujeto que produciría retoños en la conciencia, es un objeto de producción, es él quien debe ser producido, con la condición de que no se vea uno impedido para hacerlo. Más bien: no existe sujeto del deseo, así como tampoco existe objeto. Unicamente los flujos son la objetividad del propio deseo. Deseo, nunca existe suficiente. El deseo es el sistema de signos asignificantes a partir de los cuales se producen flujos de inconsciente en un campo social histórico. Nunca surge la eclosión del deseo, sea cual sea el lugar (pequeña familia o escuela de barrio), sin que se tambalee el aparato o se ponga en cuestión el campo social. El deseo es revolucionario porque quiere siempre más conexiones. El psicoanálisis corta y abate todas las conexiones, todos los dispositivos; es su vocación, odia el deseo, odia la política. Producción de inconsciente = expresión de deseos = formación de enunciados = sustancia o materia de intensidades.

La segunda proposición concierne, pues, a la manera como el psicoanálisis impide la formación de enunciados, dado que es lo mismo dispositivo maquínico de deseo y dispositivo colectivo de enunciación en la producción de inconsciente. Es en su contenido donde los dispositivos son poblados por devenires e intensidades, por circulaciones intensivas, por multiplicaciones de cualquier naturaleza (manadas, masas, especies, razas, poblaciones). Y es en su expresión donde ellos manejan indefinidos que no son sin embargo indeterminados (unos vientres, un ojo, un niño), infinitivos que no son cierta-

mente indiferenciados ni infinitos, sino procesos (caminar, besar, mear, matar, amar), nombres propios que, sobre todo, no son personas (puede que sean grupos, animales, entidades, singularidades, todo lo que se escribe con mayúsculas). UN JUAN DEVENIR-CABALLO. Por todas partes el signo (enunciado) connota multiplicidades (deseo) o dirige los flujos. El dispositivo maquínico colectivo no es menos producción material de deseos que origen expresivo de enunciados. Lo que es el contenido del deseo se expresa como un EL, el *él* del acontecimiento, el indefinido del infinitivo nombre propio. El *él* constituye la articulación semiótica de las cadenas de expresión cuyos contenidos intensivos son relativamente menos formalizados: Guattari muestra en este sentido que *él* no representa un sujeto, sino que diagramatiza un dispositivo, no sobrecodifica los enunciados, sino que les impide ceder bajo la tiranía de las constelaciones semiológicas llamadas significantes.

Ahora bien, no es difícil impedir la formación de enunciados, no lo es menos que impedir la producción de deseo. Basta cortar el EL en dos, para extraer de él un *sujeto de la enunciación* que va a sobrecodificar y trascender los enunciados, y dejar de lado, por otra parte, un *sujeto del enunciado* que toma la forma de un pronombre personal permutable cualquiera. Los flujos de deseo pasan bajo la dominación de un sistema imperialista significante; son abatidos sobre un mundo de representación mental donde las intensidades se debilitan y las conexiones se deshacen. Se ha hecho de un sujeto de enunciación ficticio, YO absoluto, la causa de los enunciados cuyo sujeto relativo puede ser de igual manera un yo, un tú, un él como pronombres personales asignables en una jerarquía y una estratificación de la realidad dominante. Lejos de estar en relación con el nombre propio, los pronombres personales son una anulación en una función de intercambio capitalista. ¿Sabe usted lo que es preciso hacer para impedir a alguien hablar en su propio nombre? Hacerle decir "yo". A medida que el origen de la enunciación guarda más la apariencia de un sujeto cuyos enunciados remiten a sujetos tri-

butarios del primero, más se fragmenta el dispositivo del deseo, más tiende a disolverse la condición de formación de los enunciados; y el sujeto de la enunciación sirve en mayor medida para abatirse sobre sujetos de enunciados que se vuelven dóciles y amargos. No decimos que tal proceso sea propio del psicoanálisis: pertenece fundamentalmente al aparato de Estado llamado democrático (la identidad del legislador y del sujeto). Teóricamente se confunde con la larga historia del Cógito pero "terapéuticamente" el psicoanálisis ha sabido emplearlo de una manera particular: no estamos pensando en la "tópica", sino más bien en la operación por la cual el paciente es considerado como sujeto de enunciación en relación con el psicoanalista y a la intervención psicoanalítica —¡eres tú, Paciente, quien es el verdadero *psicoanalizante*!—, mientras que él es tratado como sujeto de enunciado hasta que el sujeto de la enunciación se abate sobre un sujeto de enunciado que ha renunciado a todo, todo lo que tenía que decir, todo lo que le quedaba por desear. Esta situación es apreciable, entre otras, en los IMP donde el niño se encuentra seccionado: por un lado, están todas sus actividades concretas donde es sujeto de enunciado; por otro, la psicoterapia en la que es elevado al estado de sujeto de enunciación simbólico, únicamente para ser proyectado mejor sobre los enunciados ya confeccionados adecuadamente, que le son impuestos y que se esperan, a su vez, de él. Santa castración, que no es otra sino ese corte del "él" sumergido en el famoso "anclaje" del sujeto.

Uno se hace psicoanalizar, cree estar hablando y acepta pagar por esta creencia. De hecho, no se tiene la menor oportunidad de hablar. El psicoanálisis está hecho en su totalidad para impedir a la gente hablar, y retirarle todas las condiciones para una verdadera enunciación. Es lo que queremos mostrar en los textos siguientes: cómo se impide, en los tres casos tomados como ejemplos, que los niños hablen; cómo carecen de cualquier posibilidad de escapar. Es el caso del Hombre de los Lobos, pero es también el caso de Juanito y de los niños de Melanie Klein, peor aún, tal vez, que el mismo Freud. En

los niños es más impresionante la forma como se les impide producir sus propios enunciados. El psicoanálisis procede así: parte de enunciados colectivos previamente confeccionados del tipo Edipo y pretende descubrir la causa de estos enunciados en un sujeto personal de enunciación que lo debe todo al psicoanálisis. Se cae en la trampa desde el principio. Sería preciso hacer lo inverso, lo que es precisamente la tarea del esquizoanálisis: partir de los enunciados personales de alguien y descubrir su verdadera producción que no es nunca un sujeto, sino dispositivos maquínicos de deseo, dispositivos colectivos de enunciación que lo atraviesan y circulan en él, ahondando aquí, bloqueados más allá, siempre bajo la forma de multiplicidades, de jaurías, de masas de unidades de diferentes órdenes que lo obsesionan y lo pueblan (lo que no tiene nada que ver con una tesis tecnológica, ni con una tesis sociológica). No existe sujeto de enunciación, no hay sino dispositivos productores de enunciados. ¡Ah! Cuando Guattari y yo hemos intentado una crítica de Edipo, se nos ha hecho decir y se nos han respondido tantas tonterías: pero veamos, Edipo no es papá-mamá, es lo simbólico, o es el significante, es la marca de nuestra finitud, esa carencia de ser que es la vida... Pero además, lo que es todavía peor, cuando no se trata de saber lo que los psicoanalistas dicen teóricamente, se puede ver con claridad lo que hacen prácticamente y con qué bajeza usan a Edipo, porque no hay ninguna otra forma posible de hacerlo. Aun entre los defensores del significante, y sobre todo ellos, no se puede decir: *Bouches du Rhône* sin verse remitido a boca de la madre,* ni *grupo hippi* sin verse rectificado: *grueso pipi.* Estructural o no, la personología reemplaza todos los dispositivos del deseo. ¿Hasta qué punto el deseo de un niño, la sexualidad de un infante, se encuentra lejos de Edipo? No se corre el riesgo de saberlo, basta con mirar el caso Juanito. El psicoanálisis es un asesino de almas. Uno se hace analizar durante diez años, cien años, y entre más tiem-

* La realización fonética de la expresión *Bouches du Rhône* puede encontrar una asociación con la palabra *daronne* que es un término común para designar a la madre. [N. del T.]

po pase, menos ocasión se tendrá de hablar. Está hecho para eso.

Es preciso ir más rápido por nuestra cuenta. La tercera proposición deberá mostrar cómo el psicoanálisis procede para obtener este efecto, el aplastamiento del enunciado, la destrucción del deseo. El psicoanálisis dispone de una doble máquina: primeramente, una *máquina de interpretación* que hace que todo lo que el paciente pueda decir tenga ya su traducción en otro lenguaje, se asume que todo lo dicho quiere decir otra cosa. Es una especie de régimen paranoico donde cada signo es remitido en una red ilimitada, en una irradiación circular en perpetua expansión: el signo constituido como significante se remite al significado que devuelve, él mismo, un significante (el histérico está conformado para asegurar ese retorno del eco que nutre hasta el infinito el discurso del psicoanálisis). Posee además, al mismo tiempo, una *máquina de subjetivación*, que representa otro régimen del signo: esta vez, el significante no es ya considerado en su relación con un significado cualquiera, sino en relación con un sujeto. El punto de significancia se ha convertido en punto de subjetivación: el propio psicoanalista. Y a partir de ese punto, en lugar de una irradiación de signos que remitirían unos a otros, un signo o un bloque de signos se desliza sobre sus propios cauces constituyendo un sujeto de enunciación, para construir después un sujeto de enunciado sobre el que el primero se abate —la neurosis obsesiva sería el proceso a través del cual el sujeto de enunciado se reconvertiría, esta vez, en sujeto de enunciación—. No es sólo coexistencia lo que existe entre estas dos máquinas o estos dos regímenes de interpretación y de subjetivación.

Los regímenes de interpretación han sido conocidos en todos los sistemas despóticos por la existencia complementaria del emperador paranoico y el gran interpretador. Los regímenes de subjetivación alimentan todo el capitalismo tanto en el nivel de lo económico como en el de la política. La originalidad del psicoanálisis está en la compenetración original

de dos sistemas o, como se ha llegado a decir, "la objetivación del ello" y la "autonomía de la experiencia irreductiblemente subjetiva". Son dos máquinas, una en la otra, las que evitan toda posibilidad de experimentación real, de la misma manera que impiden toda producción de deseo y toda formación de enunciados. Interpretar y subjetivar son dos enfermedades del mundo moderno que el psicoanálisis no ha inventado, pero para los cuales ha logrado encontrar una técnica perfectamente adecuada que los conserva y los propaga. Todo el código del psicoanálisis, las pulsiones parciales, Edipo, la castración, etc., están hechos para eso.

Finalmente, cuarta proposición que quisiéramos aún más rápida es la que concierne al poder en psicoanálisis, puesto que el psicoanálisis implica una relación de fuerzas muy particular, como lo muestra admirablemente el libro reciente de Robert Castel, *El psicoanalismo*.* Responder, como lo hacen muchos psicoanalistas, que el origen del poder en psicoanálisis es la transferencia, es una respuesta eminentemente cómica, del mismo género de aquella que encontraría en el dinero el origen del poder bancario (por lo demás los dos se encuentran implicados si tomamos en consideración las relaciones de la transferencia y el dinero). Todo el psicoanálisis está construido sobre la forma liberal burguesa del contrato; aun el silencio del psicoanalista representa el máximo de interpretación que pasa por el contrato y donde éste culmina. Pero en el interior del contrato externo entre el psicoanalista y su paciente, tiene lugar secretamente, en medio de un silencio aún mayor, un contrato de otra naturaleza: aquel que va a intercambiar el flujo de líbido del paciente, amonedarlo en sueños, en fantasmas, en palabras, etc. En el cruce de un flujo libidinal cambiante y que no admite descomposición y de un flujo segmentarizable que se intercambia en su lugar, es donde va a instalarse el poder del psicoanalista que,

* R. Castel, *El psicoanalismo. El orden psicoanalítico y el poder*, Siglo XXI, México, 1980. [N. del T.]

como todo poder, tiene como objeto volver impotentes la producción de deseo y la formación de enunciados, en resumen, neutralizar nuestra líbido.

Quisiéramos terminar con una última observación: ¿por qué no deseamos, por nuestra parte, participar en ninguna tentativa que se inscriba en una perspectiva freudo-marxista? Por dos razones: la primera es que generalmente una tentativa freudo-marxista procede mediante un regreso a los orígenes, es decir, a los textos sagrados: textos sagrados de Freud, textos sagrados de Marx. Nuestro punto de partida debe ser totalmente diferente: no es dirigirse a los textos sagrados más o menos interpretados, sino dirigirse a la situación tal y como es: situación del aparato burocrático en el psicoanálisis, en el P. C., con la tentativa de subvertir tales aparatos. El marxismo y el psicoanálisis, cada uno a su manera —cosa que importa poco—, hablan en nombre de una especie de memoria, de una cultura de la memoria; y se expresan también en forma diferente —lo que es todavía menos importante—, en nombre de una exigencia de desarrollo. Nosotros creemos, al contrario, que es preciso hablar en nombre de una fuerza positiva de olvido, en nombre de lo que es para cada uno de nosotros su propio subdesarrollo —lo que David Cooper llama con fortuna el tercer mundo íntimo de cada uno—, y que viene a confundirse con la experimentación. La segunda razón que nos distingue de toda tentativa freudo-marxista es que tales tentativas se proponen reconciliar dos economías: economía política y economía libidinal. Aún en Reich queda mucho de esta dualidad y esta combinación. Nuestro punto de vista es, por el contrario, que existe una sola economía y que el problema de un verdadero análisis antipsiquiátrico es el de mostrar cómo el deseo inconsciente carga sexualmente las formas de esta economía en su totalidad.

la interpretación de los enunciados

gilles deleuze
félix guattari
claire parnet
andré scala

En el psicoanálisis de niños se ve todavía mejor que en cualquier otro psicoanálisis cómo los enunciados son aplastados, asfixiados. Es imposible producir un enunciado sin que se le abata sobre una rejilla de interpretación concluida y previamente codificada. El niño no puede salir de ella: se encuentra "derrotado" de antemano. El psicoanálisis es una formidable empresa para impedir toda producción, tanto de enunciados como de deseos reales. Tomamos tres ejemplos de niños porque en ellos es donde el problema se hace más evidente: el famoso Juanito, de Freud; Richard,* de Melanie Klein; y Agnes, como ejemplo de sectorización actual. Las cosas van de mal en peor.

Ponemos primero lo que dice el niño, y a continuación lo que el psicoanalista o el psicoterapeuta entienden, o bien fabrican. Queda al lector la tarea de juzgar la enormidad de la separación que, bajo las apariencias de la significancia y la interpretación, marca un máximo de represión, de traición.

Este trabajo de comparación que se ha hecho sobre tres casos de niños ha sido realizado en grupo (G. Deleuze, F. Guattari, C. Parnet y A. Scala) con la esperanza de que grupos

* La traducción sigue los textos tal y como han sido publicados en español: para el caso de Freud, se han tomado las *Obras Completas* en 3 tomos, Biblioteca Nueva, Madrid, 1973; para la versión de Melanie Klein, se han tomado las *Obras Completas* en 6 volúmenes, Paidós, Buenos Aires, 1976. El número entre paréntesis corresponde a las páginas donde aparece la cita en las ediciones respectivas. [N. del T.]

semejantes se constituyan y discutan las escrituras psicoanalíticas.

JUANITO, 5 AÑOS

A.— El primer movimiento de Juan no es complicado: quiere descender la escalera para reunirse con su pequeña amiga Maruja y acostarse con ella. Movimiento de desterritorialización por el cual una máquina-muchacho se esfuerza por entrar en un nuevo dispositivo (para Juan, sus padres formaban ya con él un dispositivo maquínico, pero no debía ser exclusivo: "Mañana temprano volveré para tomar café y estar contigo") (1371). Los padres lo toman a mal: "Pues si en verdad quieres irte de mamá y papá, coge tu ropa y vete. Adiós." Juan se va. "Naturalmente, es detenido en la antesala y reintegrado a sus habitaciones." (1371). Por tanto, esta primera tentativa de desterritorialización en el edificio fracasa. Juan comprende que las niñas pequeñas del edificio no son como Dios manda. Descifra la economía política local y descubre en el restaurant una compañera mejor adaptada, "una mujer de mundo". Segunda tentativa de desterritorialización, mediante el cruce y la conquista de la calle.

Pero ahí también, historias...

El compromiso imaginado por los padres: Juan vendrá de cuando en cuando a su cama. Nunca se ha logrado tan bien una reterritorialización en la cama de mamá. Esto es precisamente un Edipo artificial. De todo esto, Juan espera por lo menos lo que esperaba del dispositivo-edificio con la pequeña Maruja, o del dispositivo-calle con la otra pequeña: "¿Por qué no me coges la cosita (mamá)?" "Porque sería una porquería" "¿Qué es eso? ¿Una porquería? ¿Por qué?" (1372). Juan se encuentra arrinconado por todos lados, rodeado por todos lados: con un mismo gesto, se le fuerza y se le impide tomar a su madre por objeto de deseo. Se le inocula el virus Edipo.

FREUD

Freud no puede creer que Juan desee una niña pequeña. *Es preciso* que este deseo oculte otra cosa. Freud no comprende nada en absoluto de dispositivos ni de los movimientos de desterritorialización que los acompañan. No conoce sino el territorio-familia, la familia persona lógica: cualquier otro dispositivo debe ser *representativo* de la familia. Es necesario que el deseo por Maruja sea un avatar de un deseo por la madre que lo antecede en principio. El deseo por Maruja forma parte de la familia. "Detrás del deseo de que Maruja duerma en nuestra casa *se esconde otro:* el de que Maruja, cuya compañía tanto le gusta, sea acogida en nuestra comunidad familiar" (!) (1371).

JUANITO

B.—Juanito nunca manifestó el miedo de que se le cortara el pene. A la amenaza de castración responde con gran indiferencia. Jamás habló de un órgano, sino de un funcionamiento y de un agente colectivo de funcionamiento: *"la cosita de hacer pipí"*.

El niño no se interesa en los órganos y funciones orgánicas, en las cosas del sexo, se interesa en el funcionamiento maquínico, es decir, en los estados de cosas del deseo. Evidentemente, las niñas tienen una "cosita de hacer pipí" y las mamás también, puesto que hacen pipí y siempre existen los mismos materiales, pero, simplemente, en posiciones y conexiones variables.

La identidad de los materiales es la unidad del plan de consistencia o de composición, es la *univocidad* del ser y del deseo. Las variaciones de posición y conexiones, las multiplicidades, son dispositivos maquínicos que realizan el plan con tal grado de poderío o de perfección. No hay dos sexos, hay *n* sexos hay tantos sexos como dispositivos. Y como cada uno de nosotros entra en múltiples dispositivos, cada uno de nosotros tiene *n* sexos. Cuando el niño descubre que se le ha

reducido a un solo sexo, macho o hembra, es cuando descubre su impotencia: ha perdido el sentido maquínico y no tiene ya sino una significación de utensilio. En efecto, es entonces cuando el niño entra en la depresión. Ha sido abismado, se le ha despojado de innumerables sexos. Hemos intentado mostrar cómo esta aventura llegaba en principio a la niña pequeña, y a continuación al pequeño muchacho. No se trata en absoluto de castración, es decir, que el pequeño muchacho no tiene miedo de perder el sexo que tiene, así como para la pequeña niña no se trata de la angustia de ya no tener aún el sexo que no tiene. Se trata de otra cosa: el problema del robo de los sexos que el niño-máquina tenía. (Es el mismo caso del fantasma del fontanero que, en el caso de Juanito, el padre y Freud comprendieron tan mal: es un fantasma de deterioro, una pesadilla de ser abismado, de ser reducido a un solo sexo.)

FREUD

Con el psicoanálisis se vuelven a encontrar los modos teológicos de pensamiento: ya sea que se tenga la creencia de que no hay sino un sexo, el masculino, el órgano-pene (Freud); esta idea aparece acompañada de un *método de analogía,* en sentido vulgar: el clítoris sería análogo al pene, un pene pequeñísimo y mal hecho que no podrá crecer jamás; ya sea que se tenga la creencia de que hay realmente dos sexos, restaurando con esto una sexualidad femenina específica, vaginocéntrica (Melanie Klein). Esta vez el método cambia, se pasa a un método de analogía en sentido culto; *homología,* fundada sobre el significante-falo y ya no sobre el órgano-pene.[1] La profesión de fe del estructuralismo, tal y como es expresada por Levi-Strauss, encuentra aquí una aplicación privilegiada: superar las analogías imaginarias hacia homologías estructurales y simbólicas.

1. *Cfr.,* por ejemplo, Michèle Montrelay, "Recherches sur la feminité", en *Critiques.*

Pero de todas maneras, nada ha cambiado: importa muy poco que sea reconocido uno o ambos sexos, aun si a éstos se los sitúa en el interior de cada uno de nosotros (bisexualidad; deseo de la vagina en el hombre y envidia del pene en la mujer).[2] Importa muy poco que se piense, en términos de analogía vulgar, en órgano y en funciones orgánicas; o en términos de homología, en significante y funciones estructurales. Estas son todas diferencias teóricas y están solamente en la cabeza del psicoanalista. De todas maneras se funde el deseo con la castración, ya sea que se la interprete como imaginaria o como simbólica (la cuestión es: de estos dos métodos, ¿cuál es el que realiza mejor esta lamentable soldadura?). De todas maneras la sexualidad, es decir, el deseo como libido es abatido sobre la diferencia de sexos; es un error fatal que se interprete esta diferencia orgánicamente o estructuralmente, respecto al órgano-pene o al significante-falo.

No es así como el niño piensa y vive:

1) No se trata de analogía de órgano ni de homología de estructura, sino de *univocidad del material*, con conexiones y posiciones variables (dispositivos). Ni función orgánica ni función estructural, sino funcionamiento maquínico. La univocidad, el único pensamiento ateo, el del niño.

2) La univocidad es también el pensamiento de la multiplicidad de *n* dispositivos donde entra el material, *n* sexos; la locomotora, el caballo, el sol son sexos en la misma medida en que lo son la niña y el niño; la cuestión-máquina de la sexualidad desborda el problema de los sexos por todos lados; *todo es abatido sobre la diferencia de los sexos*, es la mejor manera de desconocer la sexualidad.

3) Cuando el niño se ve reducido a uno de ambos sexos, masculino o femenino, lo ha perdido ya todo; hombre *o* mujer son designaciones para aquéllos a quienes se ha robado *n* sexos; no hay una relación de cada uno de estos sexos con la castración, sino, en principio, una relación de lo omni-sexual, de lo multisexuado (*n*) con el robo.

2. Bettelheim, *Les blessures symboliques*.

4) Es muy cierto que hay una desimetría entre la niña y el niño, pero consiste en esto: la niña es la primera en sufrir el robo de sus *n* sexos, es a ella a quien se roba su cuerpo-máquina para hacer de él un cuerpo-utensilio. Los movimientos revolucionarios femeninos se equivocan radicalmente cuando proclaman una lucha por los derechos de una sexualidad *específicamente* femenina. (M.L.F. lacanisado): deberían proclamarse pertenecientes a todos los sexos, y no femenino o masculino, de los que la niña se ve en principio privada para reconocerse como niña.

Freud insiste en desconocer la sexualidad infantil. Interpreta y, por tanto, desconoce. Ve con claridad que la diferencia de los sexos en sí misma deja perfectamente indiferente al niño; pero interpreta como si el niño reaccionara a la angustia de castración manteniendo su creencia en la existencia de un pequeño pene en la niña. Esto no es verdad: el niño no tiene ninguna angustia de castración antes de que se le haya reducido a un solo sexo. Vive como si poseyera *n* sexos que corresponden a todos los dispositivos posibles donde entran los materiales comunes a las niñas y a los niños, pero también a los animales y a las cosas... Freud ve con claridad que existe una desimetría entre niño y niña; pero la interpreta como variación del Edipo-niña y del Edipo-niño y como diferencia de la castración-niña y castración-niño. Esto tampoco es cierto: no tiene nada que ver con el Edipo o el tema familiarista, sino con la transformación del cuerpo: de máquina en utensilio. Nada tiene que ver con la castración ligada al sexo que se tiene, sino con el robo de todos los sexos que se tenían. Freud funde la sexualidad con la familia, con la castración, con la diferencia de los sexos: tres grandes errores, supersticiones peores que las de la Edad Media, forma de pensamiento teológica.[3] No se puede decir tampoco que Freud interpreta mal, sino que al interpretar, no corre el riesgo de escuchar lo que

3. Son tres errores que recorren los textos de Freud recogidos bajo el título: *La vie sexuelle*, P.U.F.

dice un niño. Hay un gran cinismo en la declaración de Freud: "utilizamos las indicaciones que nos proporciona el paciente con el fin de presentar *a su conciencia,* gracias al *arte de nuestra interpretación*, su complejo inconsciente en *nuestras propias palabras*".

JUANITO

Juan ha fracasado, pues, en su deseo más profundo: tentativas de dispositivos maquínicos para lograr una desterritorialización, exploración de la calle, cada vez en conexión con una pequeña niña. Sufre la reterritorialización por la familia. Sin embargo, él está listo para tomar a la misma familia como dispositivo, como funcionamiento maquínico. Pero el padre, la madre, el "profesor" están ahí en mayor o menor grado para recordarle que la familia no es lo que él cree: un dispositivo, un funcionamiento. No se trata de agentes del deseo, sino de personas representantes de la ley; no se trata de un funcionamiento maquínico, sino de funciones estructurales: función Padre, función Madre. Esto es de lo que Juan tiene miedo... Aparece entonces en Juanito el miedo de salir a la calle. Tiene miedo de salir puesto que podría morderlo un caballo. ¿Cómo podría ser de otra manera si la calle le ha sido prohibida, cerrada desde el punto de vista más profundo del deseo? Además, un caballo no es del todo un caballo como forma sensible imaginable (por analogía) ni como estructura inteligible concebible (por homología). Un caballo es un elemento, un material determinado en un dispositivo de calle-caballo-ómnibus-carga. Un caballo, lo hemos visto, está definido por una lista de afectos dependiente del dispositivo del que forma parte, afectos que sólo se representan a sí mismos: verse enceguecido, tener un freno, ser soberbio, tener una gran cosita de hacer pipí, un trasero grande para hacer caca, morder, tirar de cargas demasiado pesadas, ser azotado, caer, armar jaleo con las patas... El verdadero problema por el cual el caballo es "afectivo" y no representativo es: ¿cómo los afectos circulan a través del caballo, cómo pasan, se trans-

forman unos en otros? El devenir del caballo y el devenir-caballo de Juanito, ¿cómo se transforman uno en el otro? El problema de Juan es: ¿en qué relación dinámica se encuentran todos estos afectos? Por ejemplo: para llegar a "morder" es necesario pasar por "caer" que se transforma en "armar jaleo con los pies" (1389). ¿Qué *puede* hacer un caballo? Lejos de ser un fantasma edípico, se trata de una programación antiedípica; convertirse en caballo para escapar al estado que se le quiere imponer. Se le han cerrado a Juan todas las salidas humanas. Solamente un devenir-animal, un devenir-humano le permitiría la conquista de la calle. Pero el psicoanálisis está ahí para cerrarle la última salida.

FREUD

Ahí, el padre y después el profesor no se andan con cuentos. No tienen escrúpulos. Es preciso que ahí también el caballo represente otra cosa. Y esa otra cosa es limitada: es, en principio, la madre, y después el padre, y después el falo (no se puede hacer nada; sea cual sea el animal considerado, la respuesta de los freudianos será la misma: caballo o jirafa, gallo o elefante, es igual, siempre es papá). Freud lo dice abiertamente: el caballo no tiene ninguna importancia en sí mismo, es puramente ocasional.[4] ¡Que un niño vea un caballo caer bajo los golpes de un fuete y trate de levantarse con grandes movimientos de patas, con destellos, no tiene ninguna importancia afectiva! En lugar de ver en las determinaciones del caballo afectos intensivos y un dispositivo maquínico tales que el caballo de la calle se distingue efectivamente de todo otro animal y hasta de otros tipos de caballos, Freud entona su cantinela: ¡lo que el caballo tiene sobre los ojos son los lentes de papá, y lo que rodea su boca es el bigote de papá! (1428). Es espantoso. ¿Qué puede hacer un niño contra tanta mala fe? En lugar de ver en las determinaciones del caballo una *circulación* de intensidades en un dispositivo

4. *Cinq Psychanalyses*, p. 190.

maquínico, Freud procede por analogía estática de representaciones y la identificación de los análogos: ¡no es ya un caballo el que hace una caca perfecta con su enorme trasero (grado de poderío), sino el caballo *es*, él mismo, una caca, y la puerta por la que sale, un trasero! ¡En lugar de que hacer-pipí y morder estén en una cierta relación intensiva en el caballo, lo que tenemos es que la cosita de hacer pipí es la que muerde! Aquí, Juan tiene un sobresalto, una forma de decir que su padre, verdaderamente, no ha entendido nada: "Pero la cosita no muerde" (1378). (Los niños son razonables: saben que las cositas de hacer pipí no muerden, así como los pequeños dedos no hablan). A lo cual el padre responde aguantándose toda la pena: "A lo mejor sí"(1378). ¿Quién es el enfermo? ¿Juanito? ¿O tal vez su padre y el "profesor" juntos? Perjuicios de la *interpretosis* y la significancia. Mamarrachadas. Tengan piedad de los pequeños.

¿Qué es lo que Freud quería con una voluntad solapada y deliberada (se jacta de no decirle todo al padre para poder lograr mejor sus fines y poder triturar las interpretaciones)?

Lo que quería es:

1) Fragmentar los dispositivos maquínicos del pequeño para abatirlos sobre la familia que será considerada, consecuentemente, como otra cosa y no como un dispositivo, y será impuesta al niño como representante de la ley.

2) Impedir todos los movimientos de desterritorialización del niño que constituyen, sin embargo, la esencia de la líbido, de la sexualidad; cerrarle todas las salidas, todos los pasajes y devenires, incluyendo sobre todo el devenir-animal, el devenir-inhumano: reterritorializarlo en la cama de los padres.[5]

3) Angustiarlo, culpabilizarlo, deprimirlo, inmovilizarlo,

5. Freud tiene claramente el presentimiento de aquello que combate: que "el caballo había sido siempre para Juanito un ejemplo del placer del movimiento" (1436); y que "la fantasía de Juanito crea *bajo el signo de los transportes*" (subrayado por Freud) (1408). Freud hace los planos, reproduce la topografía, es decir, es él mismo quien marca los movimientos de desterritorialización y las líneas de fuga libidinales (por ejemplo el plano casa-calle-depósito [1387]; y el plano para el caso del Hombre de las ratas [1469]). Pero el dibujo-programa es recubierto de inmediato por el sistema fantasma-interpretación-reterritorialización.

fijarlo, abrumarlo con afectos tristes. . . a fuerza de interpretación. Antropomorfismo y territorialidad es lo único que Freud conoce, mientras la líbido no descansa en sus recorridos hacia otros lugares. Freud no comprende nada de los animales, del valor de los animales, del devenir de los animales y del devenir-animal: y es lo mismo para los lobos del Hombre de los Lobos que para las ratas del Hombre de las Ratas, así como para los caballos de Juanito.

JUANITO

¿Cómo podría dejar de tener miedo al mismo tiempo (y por razones totalmente distintas de las inventadas por Freud)? Devenir animal, lanzarse en tal dispositivo es algo grave, más aún cuando el deseo afronta aquí, directamente, su propia represión. En el dispositivo caballo, el poder de ser afectado se encuentra ocupado por afectos de domesticación, de impotenciación, de brutalidad sufrida, no menos que de poderío y de soberbia, de fuerza activa. El camino no es del todo deseo-angustia-miedo; pero, en principio, el deseo encuentra el miedo que sólo se habrá de trocar en angustia después, bajo la operación familiar o psicoanalítica. Por ejemplo: morder ¿es una acción de animal malvado que triunfa o reacción de un animal vencido?, ¿es Juanito quien muerde o quien es mordido? ¿El devenir animal va a entregar a Juan el secreto de la calle como línea de fuga, o bien le va a dar la verdadera razón de la clausura y del estancamiento asegurados preventivamente por la familia? El devenir-animal, como desterritorialización superior, empuja el deseo hacia su límite: que el deseo llegue a desear su propia represión —tema absolutamente diferente del tema freudiano, donde el deseo se reprimiría a sí mismo—.

FREUD

¿Cómo procede Freud para realizar sus fines? Parte del dispositivo maquínico de Juan en tres fragmentos: el caballo

será, una vez tras otra y cada vez más profundamente, madre, padre y, después, falo. O más precisamente:

1) La angustia está ligada, en principio, a la calle y a la madre (" ¡le falta la mamá en la calle!").

2) La angustia se transforma, se fija, se profundiza como miedo de ser mordido por un caballo, fobia del caballo ligada al padre ("el caballo *debía* ser su padre").

3) El caballo es una gran cosa de hacer pipí que muerde. De esta forma el último dispositivo de Juan, su última tentativa de desterritorialización como devenir-animal, es fragmentada para ser retraducida en términos de territorialidad de familia, como triangulación familiar. ¿Por qué es tan importante desde este punto de vista que la madre se desplace hacia el padre y el padre hacia el falo? Porque la madre no debe disponer de un poder autónomo que permitiría la subsistencia de una dispersión territorial; hemos visto que aunque la madre domine, el poder de la familia es falocéntrico. Por lo tanto, es necesario que el padre sostenga a su vez su poder del falo eminente, para que la triangulación se realice como operación estructural o estructurante. Es solamente con esta condición como el deseo castrado podrá socializarse y sublimarse.

Lo esencial para Freud es afirmar que el deseo se reprime a sí mismo. Para lo cual, es preciso mostrar que el *deseo no soporte las "intensidades"*.[6] Freud tiene siempre presente el modelo histérico donde, como bien lo había observado la psiquiatría del siglo XIX, las intensidades son débiles. Como consecuencia, será necesario fragmentar las intensidades para impedir su libre circulación, su transformación real; es preciso inmovilizarlas, cada una en una especie de redundancia significante o simbólica (= deseo por la madre, deseo contra el padre, satisfacción masturbatoria); es preciso recomponer un sistema artificial donde giren sobre el mismo sitio. Es preciso mostrar que el deseo no está reprimido sino que se reprime a sí mismo, tomando por objeto aquello que en su esencia

6. Pp. 1375, 1426, 1430, 1434.

misma es Pérdida, Castración, Falta (el falo respecto a la madre, respecto al padre, respecto a sí mismo).

De esta forma se ha realizado la operación psicoanalítica: Freud puede permitirse con cinismo una paciente espera y permitirle a Juan que tome la palabra. Juan no ha tenido jamás la menor oportunidad de hablar, de que se acepte uno solo de sus "enunciados". Y lo que fascina en este tipo de psicoanálisis son las reacciones del niño: sus momentos de ironía cuando siente que los adultos exageran.[7] Y por el contrario, la total ausencia de humor, el fastidio del psicoanálisis, la interpretación monomaniaca, la autosatisfacción de los padres y el profesor. Pero no se puede vivir de ironía: Juanito la irá perdiendo poco a poco, o bien la ocultará cada vez más, estará de acuerdo con todo, todo lo reconocerá, habrá que resignarse: sí, sí, yo quería ser mamá, yo quiero ser el papá, quiero una gran cosa de hacer pipí como la de papá. . . para que se le otorgue paz, para que él pueda al fin olvidar, olvidarlo todo, hasta las lamentables horas de psicoanálisis.

* * *

MELANIE KLEIN

Este libro de Melanie Klein es una vergüenza para el psicoanálisis.[8] Podría creerse que los temas kleinianos de los objetos parciales y de las posiciones paranoides y depresivas permiten salir un poco del atolladero familiarista y edípico, y lo mismo podría pensarse respecto a la teoría de los estadios. Pero de hecho es aún peor. Los adversarios frente a frente: un joven judío inglés lleno de humor, contra la vieja austriaca cuyo resentimiento fragmenta al niño. Combate en

7. Entre muchos otros ejemplos, el diálogo de Juan con su padre: "Pero (un niño) puede pensarlas". "No está bien que las piense", responde el padre. "Pero si las piensa, está bien que las piense para escribirlas al profesor" (1401).

8. Melanie Klein, *Relato del psicoanlásis de un niño*, en *Obras Completas*, vol. 5, Paidós, Buenos Aires.

93 sesiones. El humor de Richard lo protege al principio: sonríe educadamente ante las interpretaciones de la señora K (28), observa que es "muy difícil tener en la mente tantas clases de padres" (32), pide que se le permita ver el lindo reloj de la señora K para saber si la sesión ha terminado ya (33), parece muy inquieto por su resfrío (38), responde que "al hablar pensó que la señora K le explicaría justamente lo que acababa de explicarle" (175). Pero la señora K, imperturbable y sin humor, continúa su trabajo de apisonamiento: tiene *miedo* de mis interpretaciones. . . *Leitmotiv* del libro: "La señora K interpretó, la señora K interpretó, LA SEÑORA K INTERPRETÓ". Richard será vencido y dará las gracias a la señora. Los objetivos de la señora K: traducir inmediatamente los afectos de Richard a fantasmas y, con el tiempo, llevarlo de la posición esquizo-paranoide a la posición depresiva, de la posición maquínica (funcionamiento) a la posición de pequeño utensilio ("reparación"); desde el punto de vista de la finalidad, impedirle formar sus enunciados, fragmentar también ahí el dispositivo colectivo generador de los enunciados del niño.

RICHARD

Es la guerra: Richard lee tres diarios por día, escucha el radio. Aprende lo que quiere decir "aliado", "enemigo", "tirano", "mentiroso", "traidor", "neutral", y aprende de política en relación con los nombres propios de la historia contemporánea (Churchill, Hitler, Ribbentrop, Darlan), los países, los territorios y el policentrismo aparente del Socius (el mapa, las fronteras, los umbrales, el franqueamiento de los umbrales), las máquinas de guerra (bombas, aviones, barcos, etc.) Construye sus dispositivos maquínicos: primeramente, dispositivos de los países sobre el cuerpo entero de la tierra; segundo tipo, dispositivos de los barcos sobre el cuerpo entero del mar; tercer tipo, dispositivos de todos los medios de transporte, aviones, autobús, ferrocarril, camino, paracaídas, sobre el cuerpo entero del mundo. Se trata por supuesto

de dispositivos libidinales, no porque representan la familia, como lo cree la señora K, sino porque son afectos, devenires, pasajes, franqueamientos de los campos de territorialización y de las líneas de desterritorialización. Así, visto "al revés", el mapa tiene una forma extraña, embrollada y revuelta, desterritorializada. Richard hace dibujos de cada tipo de dispositivo en relación con los otros: el cuerpo entero de la Tierra, como "enorme estrella de mar", es el "imperio" coloreado según los países, los colores como afectos. Si los países son atribuidos a los miembros de la familia, no es de ninguna manera porque "el imperio representa la familia" (111), como cree la señora K, sino porque la familia cobra su solo valor como dispositivo que debe abrirse y desterritorializarse siguiendo las líneas de ataque y de fuga del Socius.

Lo que ocurrirá en la familia dependerá de lo que habrá de ocurrir en el imperio. Es muy cierto que Richard está tenso, pero se tensa y se relaja políticamente: es un Eros político que, lejos de abatir el Socius sobre la familia, abre los nombres de la familia sobre los nombres de la geografía y la historia, los distribuye siguiendo un policentrismo político. Los países son los afectos, son el equivalente del devenir-animal de Richard (puesto que Richard se lo atribuye en gran medida). La líbido de Richard baña la Tierra, se masturba sobre los países. Sex-pol en acción.

MELANIE KLEIN

Por lo tanto, para la señora K el imperio es la familia. La señora K no espera, no muestra, por lo menos como lo hace Freud, la apariencia hipócrita de esperar: desde las primeras sesiones es, por ejemplo, Hitler quien hace mal a mamá, es el padre malvado, el pene malvado. La carta al revés son "sus padres 'embroyados y mezclados' durante las relaciones sexuales" (38). "La señora K interpreta que el puerto británico donde entra el *Prinz Eugen* es el genital de mamá" (171). "Churchill y la Gran Bretaña representan otro aspecto de sus padres" (32). Los colores son los miembros de la familia, etc.

Todo esto durante 473 páginas. Richard está ahogado y el lector sumido en el hastío. Richard será fragmentado, cogido en un increíble *forcing*, arrinconado en el gabinete de la señora K en forma artificial: peor que en la familia, peor que en la escuela o a través de los periódicos. Nunca ha habido mejor muestra de que el niño no tiene el derecho de hacer política: se sobreentiende que la guerra no es nada para un niño; para la líbido del niño sólo cuentan "sus pulsiones destructivas". Es preciso entonces confirmar este hecho: la concepción kleiniana de los objetos parciales, lejos de abrir la tenaza freudiana, refuerza, por el contrario, todo el familiarismo, el edipismo, el falocentrismo propio del psicoanálisis.

La señora K ha encontrado medios todavía más directos para sacar partido de los afectos, amonedar los afectos como fantasmas e interrumpir al niño para impedirle producir sus enunciados. Y las razones son muy simples:

1) La teoría de las posiciones está hecha para conducir al niño de su posición paranoide-maquinista a una posición depresiva donde la familia vuelva a encontrar un papel de unificación, de integración personológica y estructurante que vale para todos los demás dispositivos.

2) La señora K toma prestados sus conceptos bipolares a la escuela: *el bueno y el malo*, todos los dualismos del bueno y del malo. Su gabinete es al mismo tiempo una sala de clases y una recámara de familia. La señora K da la lección. Esta es la novedad de Melanie: a los niños no se les puede acomodar en un diván que sea equivalente a la cama familiar, es necesario un equivalente a la escuela. El psicoanálisis de niños no es posible sino a ese precio (lo que Ana, la hija de Freud, no había comprendido).[9] La señora K interpreta, pues, la familia a partir de la escuela, engrosa la familia con la escuela. Pero también dota a la familia de fuerzas artificiales que la hacen capaz de desviarse y recuperar todas las cargas libidinales del Socius.

9. *Cf.* todos los pasajes sobre la escuela, en Melanie Klein, *Essais de Psychanalyse*, Payot.

3) En lo que se refiere a la concepción de los objetos parciales escindidos en múltiples fragmentos, se podría creer en un principio que es una manera de reconocer las multiplicidades, las segmentaridades, los dispositivos y el policentrismo social; pero de hecho es lo contrario. Los objetos aparecen como parciales, en el sentido de la señora K, cuando son abstraídos de los dispositivos maquínicos en los que entran, se dispersan y se distribuyen, cuando son arrancados a las multiplicidades a las que pertenecen para verse abatidos sobre "el ideal" de una totalidad orgánica, de una estructura significante, de una integridad personológica o subjetiva, que no están todavía ahí –según la opinión de la señora K.–, pero que deben llegar con el progreso de la "posición", de la edad y de la cura (abatimiento sobre los estratos).[10] "Al final del análisis, el niño no estaba desesperado, a pesar de la pena que experimentaba por el hecho de que consideraba la cura esencial para él". ¡Pero dónde está, Dios mío!

* * *

AGNES, 9 AÑOS

La gran crisis de Agnes coincide con las reglas. Esta crisis es expresada "maquínicamente": defección maquínica, estado de menor perfección, un funcionamiento que ya no tiene fracaso o alteración de algún material (y no la falta de un órgano), su demanda al psicoterapeuta: "si quieres, devuélveme al equilibrio, mi ombligo está mal"; "me lo han quitado todo, me lo han robado todo, mi máquina se ha roto". Ella rechaza el cuerpo-utensilio, un cuerpo orgánico, y reclama la restitución del cuerpo-máquina: ella "marionetiza" a la psicoterapeuta. Marioneta de Klein que vive sin hilos, Agnes se encuentra produciendo sus hilos: rechaza sus senos, su sexo, sus ojos

10. Ignorancia del cuerpo sin órganos por Melanie Klein, quien lo sustituye por órganos sin cuerpo.

para ver, sus manos para tocar. No se trata aquí en absoluto de la diferencia de los sexos, se trata de diferencias en los dispositivos maquínicos, de estados de poderío y de perfección, de las diferencias entre "funcionar" y "no funcionar" (esto es, lo sexual: las manzanas hacen niños, los coches hacen el amor, su hermana le hace un bebé). Se trata, en tan pequeño grado, de la diferencia entre los sexos, por lo que ella llama en su socorro a *su hermana Michele, todavía impúber,* y por tanto, no abismada, deteriorada, robada.

SECTORIZACIÓN - J. HOCHMANN
"Espirit", Diciembre de 1972

La sectorización tiene muchos focos: hospital de día, hospital de noche, dispensario, escuela especial, equipo domiciliario. Policentrada, toma como modelo el Socius, más todavía que la escuela o la familia. Esto no impide que bajo su acción el niño se vea abatido aún más sobre la familia tomada como unidad de cura. Al poseer un pasado epiléptico, Agnes es retirada de la escuela comunal y puesta en una escuela especializada; va al dispensario: después el equipo se instalará en el domicilio. Los psicoterapeutas comienzan traduciéndolo todo a un lenguaje orgánico: todo es abatido sobre el estrato organismo, todo es remitido a "un combate en torno de un órgano"; se habla en términos de órgano y de función, en lugar de funcionamiento. Y sin embargo, los psicoterapeutas deben reconocer, a su pesar, que se trata de un órgano más bien extraño e incierto, de hecho, un material alterable, variable según sus posiciones y conexiones ("localizable con dificultad, identificable con dificultad: en un momento es un hueso, después un artefacto, un excremento, el bebé, una mano, el corazón de papá o las joyas de mamá (. . .)"). Lo que no les impide sostener que el problema es ante todo el de la diferencia entre los sexos, la castración, el objeto perdido.

AGNES

Agnes vive la familia como un dispositivo maquínico (un conjunto de conexiones, de entrecruzamientos múltiples) que debe servir de base o de punto de partida para otros dispositivos: de esta manera, Agnes podría desterritorializarse en los otros conjuntos que suscitarían, por reacción, la modificación de la familia —de donde surge el anhelo de Agnes por "regresar a la escuela comunal frecuentada por su hermana y su hermano"—. Los elementos y los materiales de los que ella dispone son distribuidos por Agnes en la familia como dispositivo, para experimentar todas las ramificaciones posibles, todas las posiciones, todas las conexiones. El artículo indefinido es el testimonio de estas variaciones, así como de la circulación de los afectos a través del dispositivo: *un* vientre, bocas, *un* artefacto, *un* fulano, *un* bebé.

SECTORIZACIÓN

La familia va a ser traducida a su vez en términos orgánicos: fusión, simbiosis, dependencia (y no ramificación). Agnes será completamente remitida al Edipo familial como punto de regreso o de llegada. Se hace representar a los dispositivos de Agnes papeles familiares, en lugar de hacer jugar a la familia el papel de dispositivo ("queremos ofrecer al niño un personaje maternal sustitutivo con el cual podrá establecer la relación simbiótica que, de acuerdo a nuestra postulación, le había hecho falta y que trataba desesperadamente de reconstruir en la negación de una identidad personal"). Agnes no ha sido abatida únicamente sobre el estrato de organismo sino sobre los de significancia familial y de identidad subjetiva personal. Pero como ella rechaza la identidad subjetiva y la familia significante tanto como el organismo, todos los elementos y materiales de Agnes serán interpretados en términos negativos y objetos parciales, habiéndoseles abstraído, consecuentemente, de las combinaciones en las

que Agnes buscaba hacerlos entrar. Se olvida así que la protesta de Agnes no tiene en absoluto un origen negativo de tipo parcialidad, castración, Edipo estallado, sino un origen perfectamente positivo: el cuerpo-máquina que le ha sido robado, los estados de funcionamiento de los que se le ha desposeído.

AGNES

"Agnes, se había vuelto violenta. Estallaba como bomba a la menor frustración. . ." ¿Cómo podría ser de otra manera? ¿Cómo no regresaría a su "autismo desesperado"? Se le ha respondido en cada ocasión: no eres tú quien habla, son otros en ti, no tengas miedo, eres Agnes, comprendemos tus deseos de niña pequeña, estamos aquí para explicártelos. ¿Cómo podría dejar de aullar: "¡no soy Agnes!"? Ha desperdiciado tanto tiempo diciendo cosas que la psicoterapeuta no escucha. Agnes se venga "marionetizándola". Cuando declara a propósito de la psicoterapeuta: "ella dice todo lo que hago, sabe todo lo que pienso", no es un elogio a la perspicacia de ésta, sino más bien una acusación de acoso y de deformación sistemática (¿cómo podría no saberlo si lo deforma de esa manera?). Agnes está arrinconada por todos lados: la familia, la escuela, el Socius. La psicoterapia, que ha alineado y tomado por su cuenta todos los focos de poder, es un factor esencial en ese arrinconaje generalizado. Agnes tenía *n* sexos, se le ha dado uno: se le abate violentamente sobre la diferencia de los sexos. Agnes tenía *n* madres, como materiales transformables, sólo se le ha dejado una. Agnes tenía un territorio de *n* parcelas, se ha ocupado todo su dominio "Su queja monótona" no es "la de Edipo desgarrado entre exigencias contradictorias"; es más bien el grito: "¡Al ladrón, al ladrón!"

el lugar del significante en la institución

félix guattari

Las categorías de Hjelmslev serán utilizadas aquí solamente como un intento para mostrar la posición del significante en la institución; posición que pasaría inadvertida si se partiera de la situación analítica clásica.

Es preciso recordar que la distinción que él hace entre la expresión y el contenido es recortada por una tripartición entre la materia, la sustancia y la forma. Nos apoyaremos esencialmente en la oposición que establece entre la materia (materia de la expresión y materia del contenido) y la formación de las sustancias semióticas.

Lo que yo quisiera señalar aquí es que mientras las semiologías de la significación funcionan en los cuatro estratos constituidos por el recorte que sobre la expresión y el contenido hacen la sustancia y la forma, las semióticas a las que nos vemos enfrentados en la psicoterapia institucional usan, además, las dos dimensiones de las materias no semióticamente formadas; a saber: el sentido, como materia del contenido; y el continuum de los flujos materiales, como materia de la expresión.*

Para Hjelmslev, una sustancia es semióticamente formada cuando se proyecta la forma sobre la materia o el sentido, "como un cordón tendido proyecta su sombra sobre una

*Apegándose al original, la traducción debería ser: "el sentido, como materia de la EXPRESION; y el continuum de los flujos materiales, como materia de la EXPRESION." Parece haber aquí una errata que se trató de corregir de acuerdo al sentido de la formulación hjelmsleviana. [N. del T.]

superficie ininterrumpida".** Se sabe que las cadenas significantes despliegan, en el nivel de la sustancia de la expresión, baterías finitas de signos, signos discretizados y digitalizados cuyas composiciones formales se dan conjuntamente a la formalización de los contenidos significados. Me parece que los lingüistas han asimilado precipitadamente la distinción hjelmsleviana entre la expresión y el contenido a la distinción entre significante y significado formulada por Saussure. En efecto, la ruptura entre las materias no semióticamente formadas y las sustancias semióticamente formadas, en la medida en que queda establecida independientemente de la relación entre expresión y contenido, abre la posibilidad para el estudio de semióticas independiente de las semiologías significantes, es decir, de semióticas que, precisamente, no estarían fundadas en la bipolaridad significante-significado. La preocupación por no hundir las semióticas institucionales entre las semióticas significantes nos lleva a establecer una distinción entre unas y otras, y a mantenerlas distantes de lo que nosotros llamamos las codificaciones asemióticas. Esto nos conduce a proponer la siguiente clasificación:

1) *Las codificaciones asemióticas.* Por ejemplo, la codificación genética o cualquier tipo de codificación llamada natural y que funciona independientemente de la constitución de una sustancia semiótica. Estos modos de codificación formalizan el campo de intensidades materiales sin recurrir a una "escritura" autónoma y traducible. No hay que caer en la ilusión semiótica que consiste en proyectar una escritura en el campo natural. No existe una escritura genética.[1]

2) *Las semiologías de la significación.* Están fundadas sobre sistemas de signos, sobre sustancias formadas semiótica-

** L. Hjelmslev, *Prolegómenos a una teoría del lenguaje,* Gredos, Madrid. [N. del T.]

1. Saber si existen en las codificaciones asemióticas estratos que correspondan a los de la expresión y el contenido es un problema que no podemos ahondar aquí. Digamos simplemente que, ciertamente, existen sistemas complejos de articulación aunque no sea, precisamente, sino la codificación genética.

mente y que establecen relaciones de formalización sobre el doble plano del contenido y la expresión. Es posible distinguir dos tipos de semiología significante: las semiologías presignificantes y las semiologías significantes en sentido estricto.

– *Las semiologías presignificantes:* se despliegan a través de múltiples tipos de sustancias; por ejemplo, para las sociedades arcaicas, una semiótica gestual, una semiótica mímica, una semiótica postural, una semiótica de las inscripciones sobre el cuerpo, una semiótica ritual, etc. La constitución del "mundo" de la infancia o del "mundo" de la locura despliegan igualmente muchos círculos semióticos descentrados que, además, nunca serán completamente traducibles en un sistema de significación universal. Las sustancias semióticas conservarán, pues, una cierta territorialidad autónoma que corresponde a cierto tipo de goce específico.

– *Las semiologías significantes:* todas las sustancias de la expresión (sonoras, visuales, etc.) están, por el contrario, centradas en una sola sustancia significante. Es la "dictadura del significante". Esta sustancia de referencia puede ser entendida como una archiescritura, pero no a la manera de Derrida: no se trata de una escritura que "originaría" todas las organizaciones semióticas, sino del surgimiento, fechado históricamente, de las máquinas de escritura, es decir, de un instrumento fundamental de los grandes imperios despóticos: las máquinas de escritura permanecen ligadas esencialmente a la instauración de las máquinas de poder del Estado. A partir del momento en que su lugar ha sido designado, todas las otras sustancias semióticas policentradas caen bajo la dependencia del estrato específico del significante. El carácter totalitario de esta dependencia es tal que *acarrea* un efecto imaginario de retroacción que "origina" todas las semióticas a partir del significante. La instancia de la letra en el inconsciente es fundamental, no porque remita a una escritura arquetípica, sino porque constituye una manifestación de la permanencia de una significancia despótica que, por haber nacido en determinadas condiciones históricas, podrá degenerar igualmente cuando aparezcan otras condiciones.

— *Las semióticas asignificantes:* deben ser distinguidas de las semiologías significantes; se trata, en resumen, de semióticas postsignificantes. Una semiótica asignificante será, por ejemplo, una máquina de signos matemáticos que no está orientada hacia la producción de significaciones, o bien un complejo técnico-semiótico científico, musical, artístico, o más aún, una máquina revolucionaria analítica. Estas máquinas asignificantes continúan, ciertamente, apoyándose sobre semióticas significantes, pero se sirven de ellas sólo como un utensilio, un instrumento de desterritorialización semiótica que permitirá a los flujos semióticos establecer conexiones nuevas con los flujos materiales más desterritorializados. Estas conexiones funcionan independientemente del hecho de que significan o no algo para alguien. En cierto sentido, es pues válido considerar, con Benveniste, que todas las semióticas se mantienen tributarias de una lengua significante para tener acceso a la existencia. Pero eso no implica en forma alguna relaciones de jerarquización y sujetación. Una teoría físico-química no se preocupa por proponer una representación mental del átomo o de la electricidad, aun cuando, para enunciarse, continúe recurriendo a una lengua de significaciones y de íconos. No podría prescindir de esta especie de muletas, pero lo que emplea esencialmente es un cierto tipo de máquina de signos que sirve de soporte a máquinas abstractas que conforman el dispositivo de los complejos experimentales y teóricos. Se llega a un punto donde la misma distinción entre máquinas de signos y máquina técnico-científica deja de ser pertinente; la invención de un nuevo tipo de cadena química o el descubrimiento de una partícula microfísica está, de alguna manera, preformada por una producción semiótica que determina no solamente las coordenadas espacio-temporales, sino también sus condiciones de existencia.

Con las semióticas asignificantes se encuentran pues radicalmente modificadas las relaciones de producción y de engendramiento recíproco entre la máquina semiótica y los flujos materiales.

La máquina significante estaba basada sobre el sistema de la representación, es decir, una producción de redundancia semiótica que constituye un mundo de cuasi-objetos, de íconos, de esquemas, situado en el lugar de las intensidades y multiplicidades reales. El efecto de significación que resulta de la conjunción de los dos formulismos, el del significante y el del significado, se encuentra atrapado en un verdadero círculo vicioso: los flujos semióticos y los flujos materiales se neutralizan recíprocamente en el campo de la representación. Un mundo de significación dominante se instaura sobre las reterritorializaciones significantes que resultan de esta especie de automutilación de las máquinas semióticas a partir del hecho de su monocentraje sobre la máquina significante, máquina de simulacro y de impotenciación. El significante se despliega sobre un estrato autónomo y no cesa de remitir al significante, mientras que lo real se encuentra radicalmente apartado de los flujos semióticos. Una subjetividad se individua en los engranajes de esta máquina significante; según la fórmula lacaniana: "un significante es lo que *representa* al sujeto para otro significante".* Subjetividad ambigua, dúplice: sobre su vertiente inconsciente participa de un proceso de desterritorialización semiótica que altera las máquinas lingüísticas y prepara su conversión en máquinas semióticas asignificantes, mientras que en su vertiente consciente se instala en las reterritorializaciones de la significancia y la interpretancia.

Esta posición del sujeto será modificada además, radicalmente, con la emergencia de semióticas asignificantes. El mundo de la representación mental, que Frege opone a los conceptos y a los objetos, la "referencia" en el vértice superior del triángulo de Ogden y Richards, interpuesta entre el símbolo y el referente, cede bruscamente y pierde la función de centramiento y sobrecodificación que ejerce sobre las semióticas. Los signos alteran las cosas más acá de la representación. Los signos y las cosas se disponen entre sí indepen-

* J. Lacan, *Escritos I*, Siglo XXI, México, p. 330. [N. del T.]

dientemente de las "posiciones" subjetivas de los agentes de enunciación individuados.

Un dispositivo colectivo de enunciación destituye a la palabra de su función de soporte imaginario del cosmos; sustituye un decir colectivo, al reunir elementos maquínicos de toda naturaleza: humana, semiótica, técnica, científica, etc., por la ilusión de una enunciación que no tendría más dueña que ella misma y que sería dueña también del universo, mientras que en realidad no es sino adyacente a los enunciados producidos y manipulados por los sistemas económicos y políticos dominantes.

Los individuos a los que nos referimos en las instituciones donde trabajamos se encuentran, en principio, desposeídos de las semióticas significantes; parecen remitidos a una cierta polivocidad semiótica originaria. Un niño, o un loco, para expresarse será conducido hasta el empleo de semióticas de expresión corporal, a gritos, etc., y no logrará sino difícilmente establecer una traductibilidad entre sus diferentes prácticas semióticas y la de la ley, es decir, la del mundo de las significaciones dominantes. A nadie se atribuye la ignorancia de *sus* propios actos, *sus* gestos, *sus* muecas; y sin embargo los actos, los gestos, las muecas del niño o del loco no son de su exclusiva pertenencia. Su yo *(moi)* y su persona no tienen la vocación de la apropiación. ¿Puede decirse, por consiguiente, que se ha fijado o ha regresado a semiologías presignificantes multicentradas? ¿Estamos ante gente que habría permanecido más acá del muro de la sacrosanta castración? ¿Será preciso expresar su funcionamiento semiótico en términos de insuficiencia, de carencia, de pregenitalidad, etc.? Se puede considerar igualmente que el tipo de máquina institucional que confrontamos, respondiendo a una cierta demanda social de contención de los marginales semióticos, se abre a pesar de todo hacia un rebasamiento de las semióticas significantes, y constituye plenamente el comienzo de una máquina asignificante de la misma especie a la que pertenecen las máquinas científicas, las máquinas literarias, artísticas, etc. A partir de ello, el análisis como institución tendría que

escoger entre dos políticas: abatir todas las expresiones polívocas sobre un campo semiológico significante único, o establecer conexiones sistemáticas con los otros tipos de semióticas asignificantes de naturaleza socio-histórica, científica, artística, etc. De esta manera, la posición de la subjetivación y de la transferencia será radicalmente diferente en el análisis dual y en la institución. En la institución, una política de significancia y de interpretancia enfrentará el riesgo de producir estragos todavía mayores que en análisis dual, ya que los efectos de una perversión paradigmática colectiva pueden repercutir en todos los dominios de la vida cotidiana. La transferencia institucional, para conjurar los efectos de desterritorialización del análisis, tenderá a caer naturalmente en la identificación, incluso el mimetismo, tenderá a favorecer las actitudes terapéuticas readaptativas y a reforzar las estructuras de despotismo jerárquico. El despotismo psicoanalítico podrá así desplegarse infinitamente en el campo imaginario de una institución cerrada sobre sí misma. A la inversa, una política institucional que consista en aceptar y, más que eso, en favorecer un policentrismo semiótico respecto de la formación de sustancias semióticas relativamente autónomas e intraducibles, recogería el sentido y el no sentido del deseo en lugar de las significaciones y las leyes de la sociedad dominante; tendría, como consecuencia, el dar su lugar a las singularidades deseantes de los sujetos que, por una razón u otra, escapan a la norma común. La interpretancia, sujeta al código de las significaciones reinantes, se desvanecería tras un dispositivo de enunciación que modulara los efectos de la ley y que orientara la aceptación del superyo. De esta forma se encontrarían organizadas, formadas semióticamente, materias expresivas, intensidades singulares, sobre estratos micro-sociales en ruptura con las estructuras familiar-centristas. Estos dispositivos colectivos no constituirían, sin embargo, modelos preformados y obligatorios, sino sistemas abiertos que pueden entrar en conjunción con todo lo que se *presente como "materia" de singularidad.*

Regresemos al ejemplo extremo evocado por Aymé: el de

la psicofarmacología. En general constituye un instrumento puesto al servicio de una semiología significante despótica, de una interpretación de las perturbaciones que remite a categorías cerradas sobre sí mismas; por esta razón es condenada por los antipsiquiatras al mismo tiempo que toda semiología psicopatológica; además, es frecuente que las intervenciones psicofarmacológicas estén codificadas no solamente por categorías médicas sino también por categorías represivas o hasta policiacas. Hacer ruido, perturbar el orden, se convierte en algo anormal: se responde con una droga. Pero este uso represivo de la droga no constituye una razón suficiente para condenar en bloque todo el uso de drogas.

La psicoterapia institucional se esfuerza por reorientar la psicofarmacología en el sentido de una experimentación colectiva cuando, por ejemplo, los flujos de las drogas han sido dispuestos por el conjunto del personal y los pacientes. La referencia deja de ser el laboratorio, para convertirse en un acogimiento colectivo de las intensidades corporales y los efectos subjetivos de toda naturaleza. Se encuentran reunidas de esta manera las condiciones de un respeto colectivo de las singularidades y no las de su aplastamiento sistemático. En una palabra, si la psicofarmacología puede ser algo que pone a todo el mundo en el mismo saco, que hace entrar a todo el mundo en las mismas categorías generales, represivas y policiacas, también puede convertirse en algo que otorgue su relevancia a los rasgos de singularidad de cada uno. La separación entre la droga que cae bajo el golpe de la represión policiaca y la que se utiliza para reprimir la "agitación en el hospital" no es evidente (sería necesario desarrollar aquí el ejemplo de la utilización de la metadona en las curas de desintoxicación de drogas blancas). Una psicofarmacología organizada en una dirección que le permita convertirse en una semiótica, lejos de desembocar en prácticas que aplastan toda posibilidad de expresión, toda posibilidad de creación artística o de ramificación a partir de situaciones sociales reales, podría convertirse, por el contrario, en algo que abriera a nuevas conexiones

deseantes desalienantes.[2] Pero esta perspectiva implica, como requisito, la constitución de esta especie de dispositivo colectivo de enunciación (Oury diría, tal vez, del decir) que recogiera las singularidades, conformándolas sin órgano colectivo, permitiendo así la determinación del momento a partir del cual una droga o una dosis deberá ser elegida en vez de otra si se busca impedir las demandas represivas de todos los orígenes. ¿Quién prescribe un medicamento? ¿El médico? ¿Pero qué es lo que tiene en la cabeza en ese momento?, ¿qué red semiótica lo habita?, ¿en qué tipo de dispositivo humano participa? Una semiótica psicofarmacológica ya no debería recaer bajo la dependencia de las significaciones codificadas; debería romper con las redundancias significativas para llegar solamente al registro de una información del sentido maquínico de las intensidades deseantes.

Tal reorientación implica, pues, un verdadero trabajo colectivo de discernibilización de un estrato de enunciación asignificante específico del dominio considerado. Se ha querido inferir que, respecto de estas especies de instancias analíticas colectivas, yo sugería la amenaza de un nuevo despotismo, la pérdida de una escucha pura del deseo. Creo que se trata de una falsa querella: sólo a condición de un acrecentamiento permanente en la línea de las singularidades del deseo, incluso en un particularismo arcaizante o hasta reaccionario, sólo a condición de que se favorezca la constitución de estratos semióticos autónomos, una empresa como la mencionada podrá albergar la posibilidad de contemplar el nacimiento de tales dispositivos de análisis. La pendiente de la individuación del deseo va siempre en el sentido de la paranoia y del particularismo. El problema es pues encontrar vías colectivas para salir de la tiranía de los sistemas basados en la identificación y la individuación. La experiencia nos muestra que sólo con la con-

2. Basta evocar el papel de la mescalina en la obra de Henri Michaux: hacer que la participación de la droga en un sistema de intensidad semióticamente formado a partir de un modo asemiótico sea comprendido. La diferencia entre la droga de la farmacopea moderna y la droga del toxicómano no se funda a veces sino sobre efectos secundarios.

dición de que las máquinas deseantes sean remontadas hasta un orden molecular –lo que Laman llama el objeto *a*– es posible la articulación de las situaciones institucionales masificadas, serializadas, dando a las posiciones marginales de deseo la posibilidad de liberarse de un abotagamiento neurótico del yo *(moi)*, la persona, los roles del familiarismo, la pareja, la jerarquía, etc. He tomado el ejemplo de la farmacología; ahora hagamos alusión al de un grupo de niños psicóticos. Es importante reconocer aquí el despunte de praxis semióticas en ruptura respecto de la semiología dominante. Se trata de explorar, de experimentar y no de traducir, interpretar o adaptar cada uno de los estratos puestos en juego. Es preciso que ellos conquisten, no su propia organización sino su propio cuerpo sin órgano, la superficie de goce. Día tras día un niño se golpea la cabeza contra el muro. Una máquina de goce auto-destructiva funciona por sí misma sin ningún asidero. ¿Será posible que la energía deseante del "golpearse-la-cabeza-contra-un-muro" entre en conexión con una máquina colectiva de deseo? No se trata de trasponer esta actividad, de sublimarla; sino de hacerla funcionar en un registro semiótico articulable con cierto número de distintos sistemas asignificantes. No se trata de cambiar el deseo, de permutar sus objetos, sino por el contrario, de ampliar su campo de goce, de abrirlo a nuevas posibilidades.

Gozar el deseo para mí, conduce siempre a la tentación de su expresión extrema: la impotencia y la abolición.

Gozar el deseo para otras máquinas de goce permite el despliegue de sus alcances: es la toma del poder del deseo sobre lo real.

La primera política se refiere a la significancia: ésta tiende a reducir el horizonte del deseo a la apropiación del cuerpo, de los órganos, a una pura concientización del sentimiento de sí. La segunda política renuncia a la voluntad de identidad y las coordenadas personológicas significantes –en particular a las del familiarismo– para un cuerpo sin órgano que desindividue el deseo y acepte mirarlo llevado por flujos socio-históricos asignificantes. Cada vez que se pasa de una semiótica

presignificante a una semiótica significante, una falta de goce se produce, un campo de culpabilización, una figura del superyo se impone. Gozar con su caca participa de una cierta "materia"; pero transformar este placer, transformar esta materia en sustancia semiótica traducible, interpretable según el código familiar, mutila, suprime o fija esta práctica del deseo. Semejante semiótica significante se sobrepone al cuerpo sin órgano. Es lo que se hace regularmente en una institución normativa: se prepara a los sujetos, se los condiciona a una traductibilidad indefinida de sus deseos. El campo simbólico al cual se les ha hecho llegar se convierte entonces en sinónimo de impotencia y castración.

Para el familiarismo, el goce deberá cargarse, cueste lo que cueste, en las semióticas de la significación. ¿A qué corresponde esta política de emasculación del deseo? ¿A quién se refiere este problema? Esencialmente a las organizaciones de poder que tienen interés en que toda praxis sea traducible, transmisible, indefinidamente transformable en términos de economía de flujos codificados: esencialmente al capitalismo y al socialismo burocrático, en la medida en que reposan sobre leyes de equivalencia y traductibilidad generales de todas las expresiones semióticas. Aunque es todavía posible conseguir el goce en tales sistemas, éste le está reservado a un tipo muy particular de perverso: el perverso burocrático, cuyo modo de goce ha sido maravillosamente explorado por Kafka. La instancia de la letra burocrática se desarrolla como un chancro en el tejido de las sociedades industriales y sólo una *élite* podrá lograr ese goce. Existen pocos y costosos lugares, y toda una preparación, toda una dialéctica se requiere para ello. En estas condiciones, los abandonos del deseo son innumerables. Para ellos, el goce de la letra capitalista se reduce a la manipulación de las combinaciones de las quinielas los domingos en la mañana, pero, además, también los rechazos de las apuestas son innumerables: es posible encontrarlos en los hospitales psiquiátricos, los centros de readaptación, las prisiones, etc.

Una formación colectiva de deseo deberá escoger entre

dos elecciones posibles: un goce culpable, constituido de tal forma que todo remita siempre a todo, no habiendo para el deseo otra salida que cargarse como tal en ese movimiento de fuga perpetua, en esa traductibilidad indefinida. Un acto es mesurable, puede ser comparado con otro. Se lo puede contabilizar mediante su relación con un patrón universal de la culpabilidad, de la misma manera que el Banco de Francia recuenta los valores obtenidos por los bancos locales. Si yo le froto a usted la mano, tal vez le transmita un microbio que a su vez contaminará a su hijo, que a su vez, etc. Podemos reconocer las cadenas de traductibilidad obsesionales. Es imposible manifestar la más mínima secuencia semiótica sin que el conjunto del universo, cada vez más cercano, se involucre y lo encuentre a uno culpable. Lejos de abrirse al deseo, el universo y la historia se reducen hasta oprimirlo y ahogarlo.

Otra economía colectiva del deseo puede pretender la dispersión de las miasmas y simulacros a partir de los cuales se instaura el principio de una deuda universal. Esta economía se propondrá permanentemente absorber los puntos de individuación de la economía libidinal, puntos de responsabilización, las transferencias exclusivas que consiguen el abatimiento del deseo sobre personas y papeles, sobre la jerarquía y todo lo que se adhiere a los puntos de significancia. Su objetivo será impedir que los estratos semióticos polívocos o asignificantes sean abatidos y caigan bajo la dependencia de la semiología significante, es decir, del superyo, de la voz grave, del bigote del director, de los caprichos de la mujer del jefe de médicos, del buen sentido del delegado sindical; sean o no directas las intervenciones de estos personajes, se encuentran, en efecto, en una posición que condensa la traductibilidad potencial que impregna el sistema opresivo, lo que yo llamo perversión paradigmática. Los delegados, los representantes, los gerentes, los administradores del significante, imponen el régimen de una ley de significación: cualquier cosa que hayas hecho debe significar algo; a cada significante su significado, a cada significado su significante: ¡es el reglamento! La culpabilidad institucional consiste en considerar el más

P/ Anaya

mínimo acto local, la menor manifestación semiótica singular, como algo a lo que debe corresponder un responsable en la máquina central de la codificación de las significaciones. Pero una política de disposición de estratos semióticos asignificantes descentralizados, más que individuar y centralizar jerárquicamente el sistema de los significantes, habrá de desbaratar los efectos de significación y culpabilización. A partir de esto, el significante dejará de caer como una lluvia gris sobre el conjunto institucional, para dar lugar, finalmente, al humor. Tal dispositivo colectivo de deseo manifestará una forma de subjetividad que no sostendrá ya el mismo tipo de relación con la conciencia, la ley, la responsabilidad y la represalia inconsciente del superyo: un deseo singular que no será quebrantado por la ley, por la conciencia-superyo, por la irrupción de los puntos de significancia. El hecho de modificar local y colectivamente los estados de persona transformará los objetos de deseo y transformará sus conexiones maquínicas.

El análisis como institución, en la medida en que tiende a modificar localmente el sentido de los acontecimientos, aunque sólo lo haga parcialmente, acarrea una modificación del estado de cosas y de personas; su misión es entonces preservar y acondicionar el lugar del deseo en el conjunto de la institución y de la sociedad y no solamente en el espacio descolorido del diván.

colección
LOCER
DISCURSO

El psicoanálisis es inseparable de un peligro político que le es propio y que se distingue de la amenaza que circunda implícitamente el viejo hospital psiquiátrico. Este constituye un lugar de reclusión localizado. De alguna manera, el psicoanalista tiene la posición del mercader en la sociedad feudal según Marx: funciona en los poros libres de la sociedad, no solamente en el nivel del gabinete privado, sino en el nivel de las escuelas, las instituciones, la sectorialización, etc. Este funcionamiento nos coloca en una situación singular con respecto a la empresa psicoanalítica. El hecho es que el psicoanálisis nos habla mucho del inconsciente; pero de alguna forma, es siempre para reducirlo, destruirlo, conjurarlo. El inconsciente es concebido como una contraconsciencia, un negativo, un parasitaje de la conciencia. Es el enemigo. *Wo es war, soll ich werden.* Se ha traducido: "ahí donde ello era, ahí como sujeto debo advenir" –ello no cambia nada, incluido el *soll,* ese extraño "deber en sentido moral"–. Lo que el psicoanálisis llama producción o formación del inconsciente, está constituido siempre por fracasos, conflictos imbéciles, compromisos débiles o burdos juegos de palabras. Cuando ello triunfa, se trata de sublimación, de la desexualización, del pensamiento; pero, lo que es más importante, en ninguna ocasión se tratá del deseo –el enemigo que anida en el corazón del inconsiciente–. Deseos, siempre tenemos demasiados: perversos, polimorfos. Se nos hará conocer la Falta, la Cultura, la Ley, es decir, la reducción y la abolición del deseo.

Gilles Deleuze